PATRICK MODIANO

Recuerdos durmientes

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Recuerdos durmientes
Créditos
Notas

Un día, en los muelles, me llamó la atención el título de un libro, *El tiempo de los encuentros*. También hubo para mí un tiempo de los encuentros, en un pasado remoto. En aquella época, con frecuencia me entraba miedo al vacío. No notaba ese vértigo cuando estaba a solas, sino con algunas personas a las que, precisamente, acababa de conocer. Me decía, para tranquilizarme: ya se presentará una ocasión de hacer mutis. Algunas de esas personas no sabías hasta dónde podían llevarte. La cuesta abajo era resbaladiza.

Podría empezar por recordar los domingos por la noche. Me daban aprensión, como a todos los que han sabido lo que es volver a un internado, en invierno, a última hora de la tarde, esa hora en que va cayendo el día. Más adelante, es algo que los persigue en sueños, durante toda la vida a veces. Los domingos por la noche, unas cuantas personas se reunían en el piso de Martine Hayward, y yo me hallaba entre ellas. Tenía veinte años y no me encontraba del todo a gusto. Volvía a sentir una sensación de culpabilidad, como si aún estuviera estudiando: en vez de volver al internado, me había fugado.

¿Debo realmente hablar ya de Martine Hayward y de los individuos variopintos que tenía alrededor aquellas noches? ¿O ir siguiendo el orden cronológico? No lo sé, la verdad.

A eso de los catorce años me había acostumbrado a andar solo por las calles en los días libres, cuando el autocar del internado nos dejaba en la puerta de Orléans. Mis padres no estaban; mi padre se dedicaba a sus negocios y mi madre trabajaba en una obra en un teatro de Pigalle. Descubrí aquel año –1959– ese barrio, Pigalle, los sábados por la noche, mientras mi madre estaba en el escenario; y volví con frecuencia durante los diez años siguientes. Ya daré más detalles si tengo valor para ello.

Al principio, me daba miedo andar solo; pero, para tranquilizarme, seguía siempre el mismo itinerario: calle de Fontaine, plaza Blanche, plaza de Pigalle, calle de Frochot y calle de Victor-Massé, hasta La Boulangerie, en la esquina con la calle de Pigalle, un sitio peculiar que no cerraba de noche y donde compraba un cruasán.

Ese mismo año y ese mismo invierno, los sábados en que no estaba en el internado montaba guardia en la calle de Spontini, delante del edificio en que vivía esa cuyo nombre he olvidado y que llamaré «la hija de Stioppa». No la conocía, había sabido sus señas por el propio Stioppa durante uno de esos paseos a los que me llevaban mi padre y él los domingos por el bosque de Boulogne. Stioppa era un ruso, un amigo de mi padre a quien este veía con frecuencia. De elevada estatura, de pelo moreno y brillante. Llevaba un abrigo viejo con el cuello de piel. Había tenido reveses de fortuna. Lo acompañábamos, a eso de las seis de la tarde, a la pensión donde vivía. Me había dicho que su hija tenía mi edad y que podría trabar relación con ella. Aparentemente, él no la veía ya porque vivía con su madre y el nuevo marido de esta.

Los sábados por la tarde, aquel invierno, antes de ir a reunirme con mi madre en Pigalle, en su camerino del teatro, me apostaba delante del edificio de la calle de Spontini a la espera de que se abriera la puerta cochera de cristales y hierro forjado negro y apareciese una chica de mi edad, «la hija de Stioppa». Tenía la certeza de que iría sola, que se me acercaría y que hablarle sería de lo más natural. Pero nunca salió del edificio.

Stioppa me había dado su número de teléfono. Alguien descolgó. Dije: «Querría hablar con la hija de Stioppa.» Un silencio. Me presenté como «el hijo de un amigo de Stioppa». Tenía una voz clara y cordial, como si nos conociéramos desde hacía mucho. «Vuelve a llamarme la semana que viene», me dijo. «Y quedaremos. Es complicado... No vivo con mi padre. Ya te lo explicaré todo...» Pero la semana siguiente y todas las demás semanas de aquel invierno, los timbrazos del teléfono sonaban sin que nadie contestara. En dos o tres ocasiones, los sábados, antes de coger el metro para Pigalle, volví a estar de guardia delante del edificio de la calle de Spontini. En vano. Habría podido llamar a la puerta del piso, pero, como sucedía con el teléfono, estaba seguro de que no abriría nadie. Y luego, a partir de esa primavera, ya no hubo nunca más paseos por el bosque de Boulogne con Stioppa. Ni con mi padre.

Durante mucho tiempo estuve convencido de que los encuentros de verdad solo podían tener lugar en la calle. Por eso esperaba a la hija de Stioppa en la acera, enfrente del edificio en que vivía, sin conocerla. «Ya te lo explicaré todo», me había dicho por teléfono. Durante unos cuantos días más una voz cada vez más lejana pronunciaba esa frase en mis sueños. Sí, si había querido conocerla era porque tenía la esperanza de que me fuera a dar «explicaciones». A lo mejor me ayudaban a entender mejor a mi padre, un desconocido que paseaba a mi lado en silencio por los caminos del bosque de Boulogne. Ella, la hija de Stioppa, y yo, el hijo del amigo de Stioppa, debíamos tener forzosamente puntos en común. Y estaba seguro de que ella sabría algo más que yo.

En esa misma época, detrás de la puerta entornada de su despacho, mi padre hablaba por teléfono. Unas cuantas palabras suyas me intrigaron: «la banda de los rusos del mercado negro». Casi cuarenta años después, me he topado con una lista de nombres rusos, los de traficantes de mucha envergadura del mercado negro en París durante la ocupación alemana. Sháposhnikov, Kurilo, Stamoglu, barón Wolf, Mescherski, Dzhaparidze... ¿Estaba Stioppa entre ellos? ¿Y mi padre, con una identidad rusa falsa? Me he hecho por última vez esas preguntas antes de que se pierdan, sin respuesta, en la noche de los tiempos.

A eso de los diecisiete años, conocí a una mujer, Mireille Urúsov, que tenía también apellido ruso, el de su marido, Eddie Urúsov, apodado «el Cónsul», con quien vivía en España, por la zona de Torremolinos. Era francesa, oriunda de las Landas. Las dunas, los pinos, las playas desiertas del Atlántico en un día soleado de septiembre... Sin embargo, la conocí en París en el invierno de 1962. Había salido del internado de Alta Saboya con treinta y nueve de fiebre, tomado un tren para París y llegado alrededor de la medianoche al piso de mi madre. Estaba fuera y le había dejado la llave a Mireille Urúsov, que se había instalado allí durante unas cuantas semanas antes de regresar a España. Cuando llamé a la puerta, fue ella quien me abrió. El piso parecía abandonado. No quedaba ya ni un mueble, solo una mesa de bridge y dos sillas de jardín en la entrada, una cama grande en el centro de la habitación que daba al muelle y, en la habitación de al lado, donde dormía yo de pequeño, una mesa, retales, un maniquí de modista, vestidos y diversas prendas de ropa en unas perchas. De la lámpara del techo caía una luz velada porque la mayoría de las bombillas estaban fundidas.

Un peculiar mes de febrero con aquella luz velada en el piso y los atentados de la OAS. Mireille Urúsov acababa de volver de esquiar y me enseñaba fotos suyas y de sus amigos en el balcón de un chalet. En una de esas fotos la acompañaba un actor llamado Gérard Blain. Mireille me decía que Blain había trabajado en el cine desde los doce años sin permiso de sus padres porque era un niño de quien no se ocupaba nadie. Más adelante, cuando lo vi en algunas películas, me parecía que nunca había dejado de andar con las manos en los bolsillos y la cabeza algo hundida entre los hombros, como si quisiera protegerse de la lluvia. Me pasaba casi todo el día con Mireille Urúsov. Comíamos pocas veces en casa. Habían cortado el gas y teníamos que cocinar en un infiernillo de alcohol. No había calefacción. Pero quedaban aún algunos leños en la chimenea del dormitorio. Una mañana fuimos por la zona del Odéon a pagar una factura de la luz de hacía dos meses para no tener que alumbrarnos con velas los siguientes días. Salíamos casi todas las noches. Mireille me llevaba, a eso de las doce, a un cabaret de la calle de Les Saints-Pères, muy cerca del piso, aunque las actuaciones hubieran terminado hacía mucho. Aún quedaban unos cuantos clientes en el bar de la planta baja, que parecían conocerse todos y hablaban sin alzar la voz. Nos encontrábamos allí con un amigo suyo, un tal Jacques de Bavière (o Debavière), un rubio con pinta deportiva de quien me había dicho Mireille que era «periodista» y que «iba y venía de París a Argel». Supongo que algunas noches en que Mireille no estaba en casa era porque se iba con el tal Jacques de Bavière (o Debavière), que vivía en un estudio de la avenida de Paul-Doumer. Fui allí con ella una tarde porque se había dejado en ese estudio el reloj de pulsera. Jacques de Bavière no estaba. En dos o tres ocasiones nos invitó a un restaurante de Les Champs-Élysées, en la calle de Washington, La Rose des Sables. Mucho más adelante me enteré de que por el cabaret de la calle de Les Saints-Pères y por La Rose des Sables iban por entonces miembros de una policía paralela que tenía que ver con la Guerra de Argelia. Y me pregunté, debido a esa coincidencia, si Jacques de Bavière (o Debavière) pertenecería a esa organización. Otro invierno, en la década de 1970, a eso de las seis de la tarde vi salir de la boca de metro de George-V, cuando estaba entrando yo, a un hombre a quien creí reconocer, con unos cuantos años más, Jacques de Bavière. Di media vuelta y lo seguí, diciéndome que tenía que hablarle para saber qué había sido de Mireille Urúsov. ¿Seguía viviendo en Torremolinos con su marido, Eddie «el Cónsul»? El hombre iba hacia Le Rond-Point y cojeaba un poco. Me detuve a la altura de la terraza del café Marignan y lo seguí con la mirada hasta que se esfumó entre la muchedumbre. ¿Por qué no le hablé? Y ¿me habría reconocido? No puedo responder a esas preguntas. París para mí está sembrado de fantasmas, tantos como estaciones de metro con sus puntos luminosos cuando a veces apretaba los botones del plano eléctrico de transbordos.

Mireille Urúsov y yo cogíamos mucho el metro en la estación de Louvre para ir a los barrios del oeste donde ella hacía visitas a amigos cuyas caras he olvidado. Lo que sí sigue siendo muy concreto en mis recuerdos es cuando cruzábamos juntos el puente de Les Arts y, luego, la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois y, a veces, el patio del Louvre con, al fondo del todo, la luz amarilla del puesto de policía, esa misma luz velada que iluminaba el piso. En lo que había sido mi cuarto, libros en las baldas, cerca del ventanal de la derecha; y ahora me pregunto por qué milagro se habían quedado olvidados allí, siendo así que todo lo demás había desaparecido. Libros que mi madre había leído al llegar a París en 1942: novelas de Hans Fallada, libros en flamenco; y también libros de La Bibliothèque verte, mis libros: *El carguero misterioso, El vizconde de Bragelonne*...

En Alta Saboya había acabado por preocuparles mi ausencia. Una mañana, sonó el teléfono y fue Mireille Urúsov quien lo descolgó. El canónigo Janin, superior del internado, preguntaba por mí porque hacía quince días que no sabía nada.

Mireille le dijo que yo «estaba un poco pachucho» –una gripe fastidiosa– y que lo mantendría al tanto de la fecha exacta en la que «estaría de vuelta». Le hice la pregunta con franqueza: ¿podía irme con ella a España? Para cruzar fronteras se necesitaba un permiso escrito de los padres cuando se era menor de edad. Y el hecho de que yo no hubiera llegado a la mayoría de edad parecía preocupar mucho de repente a Mireille Urúsov, tanto que se proponía preguntarle qué opinaba del asunto a Jacques de Bavière.

El momento preferido del día, en París y en invierno, era para mí entre las seis y las ocho y media de la mañana, cuando todavía era de noche. Una tregua antes de que amaneciese. El tiempo se quedaba detenido y te sentías más ingrávido que de costumbre.

Frecuenté varios cafés de París a la hora en que abrían las puertas a los primeros parroquianos. En el invierno de 1964, en uno de esos cafés del alba –como los llamaba yo–, donde estaban permitidas todas las esperanzas mientras fuera todavía de noche, veía a una tal Geneviève Dalame.

El café estaba en la planta baja de una de esas casas de poca altura, más o menos al final del bulevar de La Gare, en el distrito trece. Hoy en día el bulevar ha cambiado de nombre y han derribado las casas y los edificios pequeños de la acera de los pares, antes de llegar a la plaza de Italie. A ratos me parece que el café se llamaba Le Bar vert, y en otras ocasiones ese recuerdo se desdibuja, como esas palabras que acabamos de oír en un sueño y se nos escapan tras despertar.

Geneviève Dalame llegaba siempre la primera, y cuando entraba yo en el café, la veía sentada a la misma mesa, la del fondo, con la cabeza inclinada sobre un libro abierto. Me había dicho que apenas si dormía cuatro horas por noche. Trabajaba de secretaria en los Estudios Polydor, un poco más allá, bajando por el bulevar, y por eso nos encontrábamos en ese café antes de que se fuera ella a la oficina. La había conocido en una librería de ciencias ocultas de la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire. Le interesaban mucho ese tipo de ciencias. A mí también. Y no era por someterme a una doctrina o para hacerme discípulo de un gurú, sino sencillamente porque me gustaba el misterio.

Cuando salimos de la librería, ya había anochecido. Y a esa hora, en invierno, la sensación de ingravidez era la misma que por la mañana muy temprano, cuando todavía era de noche. A partir de entonces, el distrito cinco, todas sus zonas y su lejano extrarradio del bulevar de La Gare, iba a quedar vinculado para mí a Geneviève Dalame.

A eso de las ocho y media, íbamos andando a su oficina, siguiendo el terraplén por donde pasa el metro elevado. Le había preguntado cosas de los Estudios Polydor. Acababa de aprobar un examen de «letrista» en la Asociación de Autores, Compositores y Editores de Música, y necesitaba un «padrino» para darme de alta. Un tal Émile Stern, autor de canciones, director de orquesta y pianista, había aceptado desempeñar ese papel. Había dirigido las primeras grabaciones de Édith Piaf, veinticinco años antes, en los Estudios Polydor. Le pregunté a Geneviève Dalame si en los archivos de los Estudios Polydor quedaba rastro de aquello. Una mañana, en el café, me alargó un sobre que contenía las antiguas fichas de las grabaciones de Édith Piaf dirigidas por mi «padrino», Émile Stern. Haber cometido ese robo por mí parecía haberla alterado bastante.

Al principio, no se decidía a decirme dónde vivía exactamente. Cuando se lo pregunté, me contestó: «Vivo en el hotel.» Nos conocíamos desde hacía dos semanas y una noche en que le regalé el *Diccionario práctico de las ciencias ocultas,* de Marianne Verneuil, y una novela que trataba de esoterismo, *En memoria de un Ángel*, me propuso que la acompañase al hotel.

Estaba en la parte baja de la calle de Monge, en las lindes de Les Gobelins y del distrito trece. Ha transcurrido casi medio siglo y ya no vive nadie en París en una habitación de hotel, como tantas veces sucedía después de la guerra y hasta la década de 1960. Geneviève Dalame fue la última persona que conocí que viviera en una habitación de hotel. Me parece también que en esos años, 1963, 1964, el mundo viejo estaba conteniendo el aliento por última vez antes de derrumbarse, igual que todas esas casas y todos esos edificios de los arrabales y de la periferia que se disponían a derribar. A nosotros, que éramos muy jóvenes, nos fue dado vivir aún unos cuantos meses en los decorados antiguos. Del hotel de la calle de Monge, recuerdo el interruptor en forma de pera encima de la mesilla de noche y la cortina negra que Geneviève Dalame corría todas las noches con un gesto brusco, una cortina de la defensa pasiva que no habían cambiado después de la guerra.

Me presentó a su hermano unas semanas después de habernos conocido, un hermano del que nunca me había hablado hasta entonces. En dos o tres ocasiones intenté enterarme de algo más acerca de su familia, pero le notaba una reticencia a contestarme y no insistí.

Una mañana, entré en el café del bulevar de La Gare y estaba en su mesa habitual en compañía de un chico moreno de nuestra edad sentado enfrente de ella. Yo me senté en el asiento corrido, a su lado. El chico llevaba una cazadora de cremallera con hombreras que parecía de piel de leopardo. Me sonrió y pidió un grog con voz sonora, como si fuera un parroquiano del café.

Geneviève Dalame me dijo: «Es mi hermano»; y, por su expresión apurada, entendí que se había presentado sin aviso previo.

Me preguntó «a qué me dedicaba en la vida» y le contesté de forma evasiva. Luego, como si esa información pudiera resultarle de utilidad, me hizo una pregunta que me sorprendió: «¿Vive en París?» Pensé que él no había vivido siempre en París. Geneviève Dalame me había dicho que había nacido en una ciudad de los Vosgos que no recuerdo ya si era Épinal o Saint-Dié. Me imaginaba a su hermano, a eso de las once de la noche, en la mesa de un café de una de esas dos ciudades, un café próximo a la estación, el único que seguía abierto. Llevaba seguramente esa misma cazadora, que le estaba ancha, de leopardo de imitación; y la cazadora, que en una calle de París resultaba completamente anodina, debía de llamar la atención en aquel sitio. Estaba sentado a solas, con la mirada perdida, delante de una jarra de cerveza, mientras había gente jugando la última partida de billar.

Quiso acompañar a Geneviève Dalame a la oficina y fuimos siguiendo el terraplén del bulevar. Ella parecía cada vez más incómoda en presencia suya y con aspecto de querer librarse de él. Mi impresión se confirmó cuando su hermano le preguntó si seguía viviendo en el mismo hotel de la calle de Monge. «Voy a irme la semana que viene», le dijo. «He encontrado otro hotel por la zona de Auteuil.» Él insistió para saber las señas. Ella le dijo un número de la calle de Michel-Ange, como si tuviera previsto ya que le iba a hacer esa pregunta. Él sacó del bolsillo interior de la cazadora una libreta encuadernada en cuero negro y apuntó las señas. Luego ella nos dejó delante de la puerta de los Estudios Polidor, diciéndome: «Hasta luego», con un leve ademán de la cabeza en señal de entendimiento.

Así que me encontré a solas con aquel individuo de la cazadora de leopardo. «¿Quiere que tomemos algo?», me dijo en tono perentorio. Había empezado a nevar con unos copos muy húmedos, casi como gotas de agua. «No tengo tiempo», le dije. «Tengo una cita.» Pero él seguía caminando a mi lado y me entraron ganas de dejarlo tirado echando a correr hacia la boca de metro de Chevaleret, que estaba a unos cien metros. «¿Hace mucho que conoce a Geneviève? ¿No le da demasiada lata con sus historias de magia y de mesas parlantes?» «No, en absoluto.» Me preguntó si vivía por el barrio, y estaba seguro de que quería saber mi dirección para apuntarla en la libreta negra. «En las afueras de París», le dije. Y sentí un poco de vergüenza por la mentira. «En Saint-Cloud.» Sacó el cuaderno negro. Tuve que inventarme unas señas, una avenida de Anatole-France o de Romain-Rolland. «¿Y tiene teléfono?» Dudé un momento con el prefijo y opté por «Val-d'Or» seguido de cuatro números. Lo anotó concienzudamente. «Quiero matricularme en un curso de arte dramático. ¿Sabe de alguno?» Me clavaba una mirada insistente. «Me han dicho que tengo el físico adecuado.» Era alto, con rasgos bastante regulares y el pelo ondulado. «¿Sabe? En París, cursos de arte dramático los hay a porrillo», le contesté. Pareció sorprendido, seguramente por la expresión «a porrillo». Se subió la cremallera de la cazadora de leopardo de imitación hasta la barbilla para protegerse de la nieve, que arreciaba. Había llegado por fin a la boca de metro. Tuve miedo de que me siguiera y no poder ya quitármelo de encima. Bajé las escaleras sin despedirme y sin volverme y me colé en el andén de la estación en el preciso instante en que se cerraba el portillo automático.

A Geneviève Dalame no la extrañó mi comportamiento con su hermano. Bien pensado, ¿no le había dado ella también unas señas de hotel falsas? Me explicó que había ido al café a pedirle dinero. Estaba enterado del café al que íbamos por la mañana muy temprano y del sitio en que trabajaba ella, claro, pero me dijo que es fácil librarse de la gente. Yo no compartía su optimismo. Añadió con voz muy tranquila que su hermano acabaría por volverse a los Vosgos y vivir allí de «apaños» –fue la palabra que usó–, como siempre había hecho. Pasaron los días sin que tuviéramos noticias suyas. Sí, a lo mejor se había vuelto a los Vosgos.

Estuve una temporada imaginándome al hermano de Geneviève Dalame entrando en una cabina telefónica y marcando el prefijo Val-d'Or y cuatro números sin que nadie le contestase. O, si no, oyendo la frase: «Se ha equivocado, caballero», que caía como una cuchilla. Y lo veía también tomando el metro y cruzando el Sena hasta Saint-Cloud, con su cazadora de leopardo de imitación. El invierno había sido bastante crudo aquel año y, con el cuello de la cazadora levantado, andaba buscando una avenida que no existía. Por toda la eternidad.

Geneviève Dalame iba con regularidad a ver a una mujer a la que consideraba una amiga y que, según ella, sabía mucho de ciencias ocultas. Le había hablado de nuestro encuentro y le había contado que yo le había regalado el *Diccionario* de Marianne Verneuil y la novela llamada *En memoria de un Ángel*. Un día me propuso que la acompañase a casa de la tal Madeleine Péraud, cuyo nombre me ha costado mucho recordar. Pero con un poco de buena voluntad nos vuelven a la memoria esos nombres que seguían en nuestra mente bajo una delgada capa de nieve y de olvido. Sí, Madeleine Péraud. Aunque a lo mejor me estoy equivocando de nombre de pila.

Vivía a la entrada de la calle de Val-de-Grâce, en el número 9. Posteriormente, he pasado con frecuencia ante la verja que da paso a un jardín rodeado de tres fachadas de edificios con ventanales. Incluso anduve por allí, por casualidad, hace quince días. Y era la misma hora a la que entrábamos por la verja Geneviève Dalame y yo. Las cinco de la tarde, en invierno, cuando anochecía y se veía ya luz en las ventanas. Tuve la certidumbre de haber vuelto al pasado por un fenómeno que podríamos llamar el eterno retorno o, sencillamente, para mí el tiempo se había detenido en determinado período de mi vida.

Madeleine Péraud era una mujer morena de unos treinta años, peinada con moño, de ojos claros, con el porte de cabeza y los andares de una antigua bailarina. ¿Cómo la había conocido Geneviève Dalame? Creo que había empezado por ir a su casa a clases de yoga, pero también recuerdo que, antes de presentármela, Geneviève Dalame me hablaba de ella como de la «doctora Péraud». ¿Ejercía la medicina? De todo esto hace alrededor de cincuenta años y debo decir que en este medio siglo no me he hecho muchas preguntas que digamos sobre todas esas personas con las que me fui cruzando. Encuentros breves.

A partir del día de la presentación, acompañé a Geneviève varias veces a casa de Madeleine Péraud a las cinco de la tarde, en jueves. Nos conducía en silencio por el pasillo hasta el salón. Los dos ventanales daban al jardín y Geneviève Dalame y yo nos sentábamos en el sofá rojo, de cara a las ventanas, y Madeleine Péraud en un puf, con las piernas cruzadas y la espalda muy erguida. En nuestro primer encuentro, me preguntó con voz muy grave, casi ronca, si estudiaba, y le dije la verdad: «No, no estudio.» Me había matriculado en la Sorbona solo para ampliar la prórroga para incorporarme al servicio militar, pero nunca iba a clase. Era un estudiante fantasma. Madeleine quiso saber si tenía trabajo y le dije que me ganaba más o menos la vida trabajando para algunas librerías, eso que podría llamarse, aunque esa expresión comercial no me agrade demasiado, «corredor de libros». Y era miembro de la Asociación de Autores, Compositores y Editores de Música porque pensaba escribir letras de canciones. Y ya está. «¿Y sus padres?» De repente, caí en la cuenta de que a mi edad podría haber tenido unos padres que me proporcionasen ayuda anímica, afectiva o material. Pero no, no había padres. Y fue una respuesta tan lacónica que ella no quiso saber más acerca de un eventual entorno familiar. Era la primera vez que respondía de forma espontánea a preguntas que se refirieran a mí, hasta entonces las evitaba, porque sentía algo así como una desconfianza natural por cualquier forma de interrogatorio. A lo mejor aquel día había bajado la guardia por la mirada y la voz de Madeleine Péraud, que te transmitían una especie de apaciguamiento, la sensación de que una persona te estaba escuchando, algo a lo que yo no estaba acostumbrado. Hacía preguntas atinadas, igual que un acupuntor sabe los lugares concretos donde hay que introducir las agujas. Y, por lo demás, ¿no la había llamado Geneviève Dalame varias veces «doctora Péraud»? Además, estaban la tranquilidad de aquel salón, los dos ventanales que daban al jardín, la luz de la lámpara de pie, entre las ventanas, que dejaba zonas de penumbra. Debido al silencio, te preguntabas si de verdad estabas en París. Yo me pasaba la mayor parte del día fuera, por la calle y en sitios públicos, cafés, metro, habitaciones de hotel, salas de cine. Y el piso de la «doctora Péraud» contrastaba con todo aquello, sobre todo en invierno, los inviernos de principios de la década de 1960, que me parece que fueron mucho más rigurosos que los de hoy en día. Reconozco que en la primera visita que le hice a la «doctora Péraud» me dije que resultaría tranquilizador estar resguardado del frío y del invierno en su piso y contestar a las preguntas que me hacía con voz tan grave y tan apacible.

En casa de Madeleine Péraud me permití echar una ojeada a los libros que había en las baldas y en una estantería baja, al fondo del salón. Le dije que no quería ser indiscreto, pero que, en mi caso, se trataba de una curiosidad de orden «profesional». «Si encuentra libros que le parezcan interesantes, cójalos.» Me animaba con una sonrisa. Se trataba de obras consagradas a las ciencias ocultas. Entre ellas, la novela que le había regalado a Geneviève Dalame y que se había publicado hacía unos diez años: *En memoria de un Ángel*. «Me sorprendió que conociera esta novela», me dijo Madeleine Péraud, como si aquel libro le recordase algo concreto, algo más que una lectura, algo vinculado a su vida.

Yo lo había sacado de la estantería y abierto mecánicamente. En la página de guarda, una dedicatoria: «Para ti. En recuerdo de los ángeles. Megève. Le Mauvais Pas. Irène», con letra grande y en tinta azul. Ella se dio cuenta de que había leído la dedicatoria y parecía apurada. «Una hermosa novela», me dijo. «Pero tengo otros libros que darles a leer a los dos.» Y dijo esta frase con tono autoritario. Una noche, puso un volumen encima del sofá rojo, entre Geneviève Dalame y yo, cuyo título era *Encuentros con hombres notables*. Aquel título y aquella palabra, «encuentros», hoy, tras más de cincuenta años, me hacen pensar de repente en un detalle que hasta ahora no se me había venido a las mientes. Nunca intenté conocer, como hacían muchas personas de mi edad, a los cuatro o cinco mentores que imperaban por entonces en las tarimas universitarias ni hacerme discípulo de alguno de ellos. ¿Para qué? Siendo como era un estudiante fantasma, habría sido natural que me buscase un guía, pues vivía en cierta soledad y con cierta desesperación. Al único que recuerdo de esos maestros fue por haberme cruzado con él una noche, muy tarde, en la calle de Le Colisée. Me habría esperado más bien encontrármelo en el barrio de Les Écoles. Me llamaron la atención los andares vacilantes y la tristeza y la inquietud de la mirada. Daba la impresión de que se había perdido. Lo agarré por el brazo y lo conduje, como me pedía, a la parada de taxis más próxima.

No tardé en intuir que la «doctora Péraud» tenía ascendiente sobre Geneviève Dalame. Una noche en que salíamos de su casa, tras cruzar el jardín me dijo que Madeleine Péraud frecuentaba a un «grupo» –algo así como una sociedad secreta– que practicaba la «magia». No podía decirme más porque no acababa de entenderlo bien. Madeleine Péraud aludía a ese grupo, siempre con vaguedades, seguramente para observar cómo reaccionaba Geneviève Dalame antes de entrar más a fondo en la cuestión. Pero me parecía que Geneviève Dalame sabía más de lo que quería contarme, sobre todo cuando me hizo de pronto el siguiente comentario: «Podrías hablar con ella del asunto.» Íbamos siguiendo la muralla, antes de llegar a la iglesia Saint-Jacques du Haut-Pas. «Sí, deberías hablarle del asunto.» Me sorprendía su insistencia. «¿Hace mucho que la conoces?», le pregunté. «No, no mucho. La conocí una tarde en un café muy cerca de su casa, enfrente de Le Val-de-Grâce.» Estaba a punto de darme más detalles, pero se quedó callada. Habíamos salido a esa calle muy ancha que bordean los edificios modernos de la Escuela Normal Superior y de la Escuela de Física y Química y que le da a uno la impresión de haberse perdido en una ciudad extranjera –Berlín, Lausana o incluso Roma, en el barrio de Parioli–, hasta el punto de que se pregunta si no va caminando en sueños, y acaba por dudar de la propia identidad. «De verdad que tienes que hablar con ella», repitió Geneviève Dalame con voz intranquila, como si me estuviera pidiendo socorro. «Te pondrá al tanto…» Me disponía a preguntar: «¿Al tanto de qué?», pero me dio la sensación de que una pregunta tan espontánea aumentaría aún más su apuro y que estaba de verdad bajo el dominio de la «doctora Péraud». «Pues claro que hablaré con ella», y me esforzaba por decirlo en tono tranquilo y despreocupado. «Este mismo jueves, cuando vayamos a verla. Me interesa mucho esa mujer. Parece muy inteligente. Tengo curiosidad por saber más de ella.»

Habíamos llegado a la puerta de su hotel. Parecía aliviada. Me sonrió. Creo que me agradecía que le hubiera contestado que estaba deseando saber más. Yo había sido sincero de verdad al decir esas palabras. Desde la infancia y la adolescencia, sentía mucha curiosidad y una particular atracción por todo cuanto tenía que ver con los misterios de París.

Pero no esperé al jueves siguiente para «saber más». Una mañana en que había acompañado a Geneviève Dalame desde el hotel hasta los Estudios Polydor, volví a coger el metro en dirección contraria y, al salir de la estación de Censier-Daubenton, fui andando hasta Le Val-de-Grâce.

Llegué ante la verja y, sin titubear, crucé el jardín. En el momento de entrar en el portal pensé que debería haber llamado por teléfono a Madeleine Péraud y preguntarle si podía recibirme.

Me sorprendió el sonido del timbre, en el que no me había fijado, en este mismo descansillo, cuando había ido con Geneviève: unas notas endebles, ahogadas, que amenazaban continuamente con apagarse, hasta tal punto que no aparté el dedo del botón, un campanilleo que no estaba seguro de que a Madeleine Péraud pudiera llegarle si estaba en la habitación del fondo.

Se entornó la puerta sin que hubiera oído el menor ruido de pasos. ¿Estaba Madeleine detrás esperando a un visitante eventual? No pareció sorprendida al verme. Como hacía siempre, me fue conduciendo en silencio por el pasillo. Era la primera vez que entraba en el salón a la luz del día, había manchas de sol en el parquet. Por la ventana veía el jardín bajo una delgada capa de nieve. Me sentía aún más lejos de París que las noches en que venía aquí con Geneviève Dalame.

Se sentó a mi derecha en el sofá rojo, en el sitio en que solía estar Geneviève Dalame. Me miró fijamente.

–Geneviève me acaba de llamar por teléfono para decirme que quería usted verme. Lo estaba esperando.

Así que esta visita se había decidido sin que yo lo supiera. A lo mejor me habían puesto entre las dos, sin que me diera cuenta, en estado de hipnosis.

–¿La ha llamado por teléfono?

Me parecía que esta escena la había vivido ya en un sueño. Un rayo de sol daba en la estantería que estaba contra la pared del fondo. Hubo entre nosotros un momento de silencio. Me correspondía interrumpirlo a mí.

–He leído el libro que me prestó... *Encuentros con hombres notables*... Ya había oído hablar de él...

Fue durante los dos años que pasé en Alta Saboya, en un internado. Uno de mis compañeros, Pierre Andrieux, me había contado que sus padres eran discípulos del autor de ese libro, Georges Ivánovich Gurdjieff, un «maestro místico». Su madre nos llevó en coche a Pierre Andrieux y a mí, un día de vacaciones, a la meseta de Assy para ir a ver a una amiga, una farmacéutica, otra adepta del tal Gurdjieff. Oí retazos de su conversación. Hablaban de «grupos» que aquel hombre había creado a su alrededor para propagar su «enseñanza». Y la palabra «grupos» me intrigó.

–Ah, ya... ¿Había oído hablar de él? ¿En qué circunstancias?

Tenía una expresión intranquila e interesada a la vez, como si temiera que yo estuviera enterado de algunos secretos.

–Viví mucho tiempo en Alta Saboya. Había allí unos cuantos discípulos de Georges Ivánovich Gurdjieff...

Dije la frase despacio, sosteniéndole la mirada.

–¿En Alta Saboya?

Por lo visto no esperaba que le diera ese detalle. Yo tenía pinta de policía que, cogiendo a alguien por sorpresa, intenta obtener una confesión. Pero no era un policía. Solo un buen chico.

–Sí... En Alta Saboya..., por la zona de la meseta de Assy..., no muy lejos de Megève.

Me acordaba de la dedicatoria que figuraba en la novela *En memoria de un Ángel* y que seguramente era para ella: «Para ti... Megève... Le Mauvais Pas...»

–¿Y conoció a discípulos de Gurdjieff en Alta Saboya?

–Sí, a unos cuantos...

Me daba la impresión de que estaba esperando con cierto nerviosismo que le diera nombres.

–La madre de un compañero de colegio... Nos llevó a ver a una amiga que también era discípula de Gurdjieff..., una farmacéutica..., en la meseta de Assy...

Le leía el asombro en la mirada.

–Pero si la conocí hace mucho..., a esa farmacéutica de la meseta de Assy... También se llamaba Geneviève... Geneviève Lief...

–No sabía cómo se llamaba –le dije.

Inclinó la cabeza como si intentase recordar con más precisión a aquella mujer. Y quizá también otros detalles de determinado período de su vida.

–Fui a verla varias veces a la meseta de Assy.

Se había olvidado de mi presencia. Yo callaba, porque no quería distraerla de sus pensamientos. Al cabo de un momento, se volvió hacia mí.

–Nunca habría imaginado que me recordaría usted todas esas cosas.

Parecía tan alterada que me pregunté si no sería mejor cambiar de conversación.

–Geneviève me ha dicho que daba clases de yoga. Me gustaría mucho que me diera usted clases de yoga.

No me había oído. Había vuelto a inclinar la cabeza e intentaba seguramente agrupar los recuerdos que le quedasen de aquella farmacéutica de la meseta de Assy.

Se me acercó. Nuestras caras casi se rozaban. Me dijo en voz baja:

–Era muy joven..., debía de tener su edad..., tenía una amiga que se llamaba Irène... Fue ella la que me llevó a las

reuniones de casa de Gurdjieff..., en París, en la calle de Les Colonels-Renard... Tenía a su alrededor todo un grupo de discípulos...

Hablaba deprisa, a trompicones, como si se dirigiera a un confesor. Y a mí me daba un poco de apuro. No tenía ni edad ni experiencia para interpretar el papel de confesor.

–Y luego me fui con mi amiga Irène a Alta Saboya..., a Megève y a la meseta de Assy... Ella tenía que ingresar en un sanatorio de la meseta de Assy...

Estaba dispuesta a contarme su vida. Muchas personas de todo tipo hicieron lo mismo en los años siguientes y me he preguntado a menudo por qué. Debía de inspirar confianza. Me gustaba escuchar a la gente y hacerle preguntas. Con frecuencia me llegaban retazos de conversaciones de desconocidos en los cafés. Los anotaba con toda la discreción posible. Esas palabras, al menos, no se perderían para siempre. Llenan cinco cuadernos, con fechas y puntos suspensivos...

–¿Irène fue la que le dedicó *En memoria de un Ángel*? –le pregunté.

–Exactamente.

–Al final de la dedicatoria pone: «Le Mauvais Pas». Conozco bien Le Mauvais Pas.

Madeleine frunció el ceño y me dio la impresión de que estaba haciendo un esfuerzo de memoria.

–Era algo así como una sala de fiestas a la que iba con Irène.

No me había olvidado de aquel edificio en ruinas en la carretera del monte de Arbois, en parte del cual quedaban rastros de un incendio. En la fachada colgaba un rótulo de madera clara donde ponía en letras rojas «Le Mauvais Pas». Yo había pasado varios meses en una residencia infantil a pocos cientos de metros, algo más arriba.

–No he vuelto a Alta Saboya desde entonces –me dijo con voz cortante, como si quisiera interrumpir la conversación.

–Después de haber conocido a Gurdjieff, ¿formó parte de los «grupos»?

Pareció sorprenderla mi pregunta.

–Se lo pregunto porque la madre de mi amigo y la farmacéutica de la meseta de Assy usaban mucho esa palabra...

–Era una palabra que utilizaba Gurdjieff –me contestó–. «Grupos de trabajo»..., el «trabajo sobre uno mismo».

Pero creo que no le apetecía darme explicaciones más concretas acerca de la doctrina de Georges Ivánovich Gurdjieff.

–Su amiga Geneviève... –me dijo de pronto–. Se parece a Irène una barbaridad... Cuando la vi por primera vez en ese café, delante de Le Val-de-Grâce, me quedé impresionada... Creí que era Irène...

A mí no me desconcertaba en absoluto lo que me acababa de contar. Desde niño, había sorprendido tantas conversaciones raras detrás de las puertas entornadas, de los tabiques demasiado delgados de habitaciones de hotel, en cafés, en salas de espera, en trenes nocturnos...

–Me tiene muy preocupada Geneviève... De eso era de lo que quería hablarle...

–¿Muy preocupada por qué?

–Tiene una forma muy peculiar de vivir..., como si de vez en cuando estuviera ausente de su vida... ¿No le parece?

–No.

–Es curioso que no se dé usted cuenta... A veces da la impresión de que va andando al lado de su vida... ¿Nunca se ha fijado? ¿Nunca le ha recordado a una sonámbula?

Esa palabra me traía a la memoria el nombre de un ballet que había visto de niño y del que me había quedado un recuerdo que valoraba mucho. Intentaba dar con el parecido entre Geneviève Dalame y aquella bailarina que subía despacio, con los brazos estirados hacia delante, unas escaleras.

–Una sonámbula..., a lo mejor tiene usted razón –le dije.

No quería llevarle la contraria.

–Irène era exactamente como ella..., exactamente... Había momentos en que estaba ausente... Yo intentaba luchar contra eso...

–¿Y qué opinaba Gurdjieff?

Me arrepentí en el acto de haber hecho esa pregunta. En aquella época me sucedía a veces: hacía preguntas improcedentes como esta. Quería dejar zanjadas las cosas. A fuerza de escuchar a la gente mostrándole la mayor atención posible, notaba a veces un repentino sentimiento de cansancio y el deseo súbito de cortar lazos.

–Gurdjieff siempre ejerció sobre ella una buena influencia. Sobre mí también. Siempre animé a Irène a que siguiera sus enseñanzas.

Se volvió hacia mí y estuvo un buen rato mirándome fijamente. Me intimidaba.

–Tenemos que ayudar a Geneviève.

Había adoptado un tono tan serio que acabó por convencerme de que Geneviève Dalame corría un peligro inminente. Y, sin embargo, por muchas vueltas que le daba, no veía de qué peligro podía tratarse.

–Debería convencerla de que viniera a vivir aquí.

Me extrañaba que me encomendase una misión así.

–Es muy malo para Geneviève vivir en un hotel. Irène era exactamente como ella... Conozco bien el problema... Tardé tres meses en convencerla de que se fuera de aquel hotel espantoso de la calle de Armaillé. Menos mal que las reuniones de Gurdjieff se celebraban en ese barrio..., si no Irène no habría salido de su habitación en todo el día...

Estaba visto que la tal Irène había tenido mucha importancia en su vida.

–El hotel donde vivía ¿estaba muy cerca de la casa de Gurdjieff? –le pregunté.

–A unos cincuenta metros... Irène había cogido una habitación en ese hotel para estar lo más cerca posible de casa de Gurdjieff.

Así es como basta con cruzarse con una persona o con encontrársela en dos o tres ocasiones o con oírla hablar en un café o en el pasillo de un tren para captar retazos de su pasado. Mis cuadernos están repletos de trozos de frase que pronuncian voces anónimas. Y ahora, en una página igual que las demás, intento transcribir las pocas palabras cruzadas hace casi cincuenta años con una tal Madeleine Péraud de cuyo nombre de pila ni siquiera estoy seguro. Irène, la meseta de Assy, Gurdjieff, un hotel de la calle de Armaillé...

–Debería convencer a Geneviève de que viniera a vivir aquí...

De nuevo me había hablado en voz baja y había acercado su cara a la mía. Me miraba de frente, a los ojos, y aquella mirada me entumecía como en esos sueños en que intentamos salir huyendo pero estamos clavados en el sitio.

Debió de pasar mucho tiempo, unas cuantas horas que apenas recuerdo, eso que se llama quedarse en blanco. Caía la tarde, el salón estaba en penumbra y yo seguía en el sofá rojo con ella.

Se levantó y encendió la lámpara de pie, entre las dos ventanas. Fue hasta la estantería y escogió dos libros en las baldas.

–Tenga..., ya se llevará otros cuando quiera...

Los dos libros eran delgados y más bien parecían folletos. *Ensayos sobre budismo zen,* de Suzuki, segundo tomo, Éditions Adrien Maisonneuve, y *El rito sagrado del amor mágico*, de Maria de Noglowska. Los sigo teniendo después de cincuenta años y me pregunto por qué algunos libros o algunos objetos se obstinan en ir siguiendo nuestras huellas toda la vida, sin que nos demos cuenta, siendo así que hemos perdido otros que eran tan valiosos para nosotros.

En el vestíbulo, me disponía a abrir la puerta del piso para irme cuando me puso la mano en el brazo.

–Ha quedado con Geneviève, ¿verdad?

Me daba apuro contestarle porque parecía envidiarme mucho.

–Quería decirle que... puede usted vivir aquí con ella..., estaría encantada de hospedarlo.

Seis años después, iba por la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire a la altura de la Mezquita y de la tapia del Jardín Botánico. Una mujer andaba delante de mí y llevaba a un niño de la mano. Tenía unos andares indolentes que me recordaban a alguien. No podía por menos de mirarla.

Apreté el paso y alcancé a la mujer y al niño. Me volví. Geneviève Dalame. Llevábamos seis años sin vernos. Me sonrió como si nos hubiéramos separado el día anterior.

–¿Vive en el barrio?

No sé por qué la trataba de usted. Seguramente porque estaba aquel niño delante. Sí, vivía muy cerca. Intenté trabar conversación, pero aparentemente le parecía natural que anduviéramos juntos en silencio.

Entramos en el Jardín Botánico y fuimos, por un paseo, hasta la casa de fieras. El niño corría, nos dejaba atrás y luego daba media vuelta y volvía hacia nosotros. Jugaba a que tenía que escapar de unos perseguidores invisibles y a veces se escondía detrás del tronco de un árbol. Le pregunté si era su hijo. Sí. ¿Se había casado? No. Vivía sola con su hijo. En resumidas cuentas, nos habíamos encontrado seis años después en la calle en que nos conocimos, pero no me daba la impresión de que hubiera pasado el tiempo. Al contrario, se había detenido y nuestro primer encuentro se repetía con una variante, la presencia de ese niño. Habría otros encuentros con ella, en la misma calle, como las agujas de un reloj que se juntan todos los días a mediodía y a medianoche. Por cierto, la noche en que coincidimos por primera vez en la librería de ciencias ocultas de la calle de Geoffroy-Saint-Hilaire había comprado un libro cuyo título me había llamado la atención: *El eterno retorno de lo mismo*.

Habíamos llegado ante las jaulas de la casa de fieras, vacías aquel día, salvo la más grande, donde habían encerrado a una pantera. El niño se había parado y la miraba a través de los barrotes. Geneviève Dalame y yo nos habíamos sentado en un banco algo retirado.

–Lo traigo a ver los animales por *El libro de la selva*. Quiere que se lo lea todas las noches.

Entonces me acordé de las baldas, cerca del ventanal, en el piso vacío de mi madre, en los muelles. Estaba seguro de que entre las novelas de Hans Fallada y *El vizconde de Bragelonne* estaban todavía los dos tomos de *El libro de la selva* en una edición ilustrada. Tendría que reunir valor para volver allí y comprobar si estaba equivocado.

No sabía si preguntarle por su repentina desaparición. Una noche, en el hotel de la calle de Monge, me dijeron que había dejado la habitación «definitivamente». Al día siguiente, en los Estudios Polydor, una de sus compañeras me comunicó con tono muy seco que había cogido «un permiso», sin darme más detalles. En casa de Madeleine Péraud, en la calle de Le Val-de-Grâce, no sonaba el timbre. Y a mí, que estaba acostumbrado desde niño a las desapariciones, confieso que la de Geneviève Dalame en realidad no me extrañó.

«¿Así que te fuiste sin dejar dirección?» Se encogió de hombros. Pero yo no necesitaba explicaciones. El niño se nos acercó afirmando que iba a abrir la puerta de la jaula y a pasearse con la pantera, a la que llamaba Bagheera, la pantera de *El libro de la selva*. Luego volvió a apostarse delante de los barrotes a la espera de que Bagheera se le acercase.

«¿Sabes algo de la doctora Péraud?»

Con tono indiferente, como si estuviera hablando de una conocida lejana, me aclaró que la doctora Péraud ya no vivía en la calle de Le Val-de-Grâce, sino en el distrito quince. Esas personas de las que nos preguntamos qué habrá sido de ellas y cuya desaparición se rodea de misterio, de un misterio que nunca conseguiremos disipar, resulta que nos quedaríamos muy sorprendidos al enterarnos de que, sencillamente, han cambiado de distrito.

«¿Y ya no trabajas en los Estudios Polydor?» Sí, seguía trabajando allí, pero pasaba lo mismo que con Madeleine Péraud, no estaban ya en la misma dirección. Del bulevar de La Gare, los Estudios Polydor se habían cambiado cerca de la plaza de Clichy.

Volví a acordarme de los planos eléctricos junto a las taquillas del metro. A cada estación le correspondía un botón en el teclado. Y había que apretar el botón para saber dónde había que hacer transbordo. Los trayectos aparecían en el plano formando líneas luminosas de colores diferentes. Yo tenía la seguridad de que en el futuro bastaría con poner en una pantalla el nombre de una persona que hubiéramos conocido tiempo atrás y un punto rojo nos indicaría en que punto de París podíamos localizarla.

«Un día», le dije, «me encontré con tu hermano.» No había vuelto a saber nada de él desde la mañana en que había ido a pedirle dinero. ¿Y cuándo me lo había encontrado? Hacía dos o tres años. Iba por el bulevar de Saint-Michel abajo y llegué, a la altura de la Sorbona, a un café grande donde siempre me había dado reparo entrar, sin saber muy bien por qué. Lo reconocí enseguida por la cazadora de leopardo de imitación. Estaba sentado a una mesa, tras la luna de la fachada, en compañía de un muchacho de su edad. Se había puesto de pie y golpeaba con ambos puños el cristal para llamarme la atención. Iba a salir a la acera y me adelanté, empujando la puerta del café como quien se enfrenta a un peligro en un sueño con la certidumbre de que podemos despertarnos en cualquier momento. Me senté a su mesa. El malestar que notaba siempre al pasar por delante de La Source se hizo más preciso: me dio la impresión de que sobre ese establecimiento pendía la amenaza de una redada.

Sacó del bolsillo de la chaqueta la libreta negra y, tras consultarla, me soltó una sonrisa irónica.

–Intenté localizarlo en Val-d'Or 14-14 hace unos años, pero por lo visto estaba ausente.

Allí estaba yo, frente a él, con la esperanza de que me diera noticias de Geneviève Dalame y, quizá, los motivos de su desaparición.

Me presentó a su amigo. Se me ha quedado el nombre: Alain Parquenne, porque lo vi, diez años después, en el

rótulo de un comercio diminuto de cámaras fotográficas de segunda mano de las que era seguramente el perista, en la avenida de Wagram. Sentí la tentación de entrar en la tienda para darle recuerdos a aquel fantasma.

–¿Geneviève? ¿Lleva tres años sin verla? Yo también... Debe de estar metida en el tarot y las bolas de cristal, como de costumbre...

La cazadora de leopardo de imitación me pareció más ajada que en el primer encuentro. Me fijé en un siete en uno de los puños y en una mancha en una manga. Alain Parquenne tenía el cutis pálido y la cara de un niño precozmente envejecido, una cara de antiguo botones o de jockey.

–Es fotógrafo –me dijo el hermano de Geneviève Dalame–. Me está haciendo un «book» para poder entregárselo a algunos agentes..., quiero hacer cine...

El amigo me observaba fumándose un cigarrillo, y aquellos ojos, de una negrura pegajosa, me incomodaban. El hermano de Geneviève Dalame le dijo de repente: «Sería cosa de que fueras a llamarlos por teléfono para avisarlos.» Entonces, Alain Parquenne se puso de pie y fue hacia el fondo de la sala.

–Estoy seguro de que podría ayudarme; usted... –me dijo el hermano de Geneviève Dalame, clavándome un mirada que me dio un escalofrío por la espalda, la mirada ávida de los que se disponen a robar a los cadáveres después de un bombardeo–. ¿Usted estaría dispuesto a ayudarme?

Se le habían crispado los rasgos, que revelaban cierta amargura. El amigo se acercaba otra vez a la mesa.

–¿Qué? ¿Los has avisado? –preguntó el hermano de Geneviève Dalame. El amigo asintió con la cabeza y se sentó a la mesa. Me entró un pánico que me costó controlar. ¿A quiénes había llamado por teléfono? ¿Y para avisarlos de qué? Me daba la sensación de que estaba en una ratonera y era inminente una batida de la policía–. Le he preguntado si podía ayudarnos –dijo el hermano, señalándome.

–Sí, tienes que ayudarnos –dijo el amigo con una sonrisa torva–. De todas formas, ya no vamos a perderte de vista...

Me puse de pie. Iba hacia la salida del café. El hermano de Geneviève Dalame echó a andar conmigo y me bloqueó el paso. El amigo, a mi espalda, se arrimaba como si quisiera impedirme retroceder. Pensé: Tengo que salir de aquí antes de la batida de la policía. Y, con un golpe seco de la rodilla y del hombro, empujé al hermano de Geneviève Dalame. Luego le pegué un puñetazo en la cara al amigo. Por fin estaba al aire libre. Bajé corriendo por el bulevar. Los dos corrían detrás de mí, Conseguí despistarlos a la altura del Café de Cluny.

–No deberías haber hablado con mi hermano. Para mí ha dejado de existir. Es capaz de todo. Ya estuvo en la cárcel en Épinal.

Había dicho esas palabras en voz muy baja, como si no quisiera que el niño las oyera, pero él seguía delante de los barrotes de la jaula, mirando la pantera.

–¿Cómo se llama? –le pregunté.

–Pierre.

Era buen momento para saber qué había sido de su vida en esos seis últimos años. Hoy, 1 de febrero de 2017, me arrepiento de no haberle preguntado cosas concretas. Pero entonces estaba seguro de que no me iba a contestar o de que me daría respuestas evasivas. «Va andando al lado de su vida», me había dicho hacía tiempo Madeleine Péraud. Y había utilizado la palabra «sonámbula». Me recordaba a aquel ballet que había visto de niño y el nombre de cuya intérprete se me había quedado en la memoria: Maria Tallchief. Era posible que Geneviève Dalame fuera andando «al lado de su vida», pero lo hacía con paso ingrávido y flexible, como una bailarina.

–¿Ya va a la escuela? –le pregunté, señalando a Pierre.

–A una escuela al otro lado del Jardín Botánico.

No merecía la pena hablarle del pasado. Si hubiera aludido a ciertos detalles que eran de hacía seis años, el café del bulevar de La Gare, el hotel de la calle de Monge, las personas que nos había presentado la «doctora Péraud» y las situaciones un tanto turbias a las que nos había conducido, se habría quedado muy sorprendida. Seguramente se le había olvidado todo. O lo veía como algo lejano, cada vez más lejano según iban pasando los años. Y el paisaje acababa por perderse en la bruma. Ella vivía en el presente.

–¿Te da tiempo a acompañarnos a casa? –me preguntó.

Cogió a Pierre de la mano, y él se volvió para echarles una última mirada a los barrotes de la jaula tras los que Bagheera seguía con su eterna ronda.

Pasamos delante de la librería de ciencias ocultas donde habíamos coincidido por primera vez. Un cartel anunciaba que abría a las dos. Miramos los libros del escaparate: *Las fuerzas del interior, Los maestros y el sendero, Los aventureros del misterio*...

–A lo mejor podríamos venir esta tarde y escoger unos cuantos libros –le propuse a Geneviève Dalame.

Quedamos a las seis, a la misma hora de hacía seis años. Era en esa librería, a fin de cuentas, donde había encontrado aquel libro que me había hecho pensar mucho: *El eterno retorno de lo mismo*. En cada página me decía: si pudiéramos volver a vivir, a las mismas horas, en los mismos sitios y en las mismas circunstancias lo que ya habíamos vivido, pero vivirlo mucho mejor que la primera vez, sin las equivocaciones, los tropiezos y los tiempos muertos..., sería como pasar a limpio un manuscrito lleno de tachaduras... Habíamos llegado los tres a una zona por la que había pasado mucho con ella, entre Monge, la Mezquita y el Puits-de-l'Ermite.

Se detuvo a la altura de un edificio más amazacotado que los demás, con balcones. «Aquí es donde vivo.» Pierre

abrió solo la puerta cochera. Entré detrás de ellos. Me pareció que ya había estado allí en una vida anterior para ir a ver a alguien. «Esta tarde a las seis en la librería», me dijo Geneviève Dalame. «Y luego puedes venir a cenar...»

Me dejaron a la puerta del edificio. Yo estaba al pie de las escaleras. A ratos, Pierre asomaba la cabeza por encima de la barandilla, como si quisiera comprobar que yo seguía allí. Luego, se quedó mirándome, con la barbilla pegada a la barandilla, mientras Geneviève Dalame debía de estar seguramente abriendo la puerta del piso. Oí cerrarse la puerta y se me encogió el corazón. Pero al salir del edificio la verdad es que ya no veía ningún motivo para estar triste. Durante unos cuantos meses más o, ¿quién sabe?, unos cuantos años, pese a la huida del tiempo y las desapariciones sucesivas de las personas y de las cosas, había un punto fijo: Geneviève Dalame, Pierre, calle de Quatrefages. En el número 5.

Intento ordenar los recuerdos. Cada uno es la pieza de un puzle, pero faltan muchos, así que la mayoría se quedan aislados. A veces, consigo juntar tres o cuatro, pero no más. Entonces anoto retazos que vuelven en desorden, listas de nombres o de frases muy breves. Deseo que esos nombres, como si fueran imanes, tiren de otros hasta la superficie y que esos fragmentos de frase acaben por formar párrafos y capítulos que se vayan encadenando. Mientras tanto, paso los días en uno de esos cobertizos grandes, que se parecen a los garajes de antes, persiguiendo a personas y objetos perdidos.

Djorie Bruss
Emmanuel Brucken (fotógrafo)
Jean Meyer (Jean ojos azules)
Gaelle y Guy Vincent
Annie Caisley, calle de Les Marronniers, 11
Van der Mervenne
Joseph Nasch, avenida de Montaigne, 33
J. de Fleury (librero), calle de Baste, 2, distrito 19
Olga Ordinaire, calle de Duranton, 9, distrito 15
Ariane Pathé, calle de Quentin-Bauchart, 3
Douglas Eyben
Anna Seidner
Marie Molitor
Pierrot 43...

Durante esa labor que se hace a tientas, algunos nombres brillan intermitentemente como señales que franquearan el paso a un camino escondido.

Por ejemplo, «Señora Hubersen», que había escrito al azar poniendo luego un signo de interrogación, despertó primero en mí un recuerdo inconcreto. Intenté asociar «Señora Hubersen» a otros nombres que aparecían en mi lista. Esperaba que entre ellos y «Señora Hubersen» surgiera una línea luminosa como esa –verde, roja o azul– que indicaba las estaciones y los transbordos si querías ir de Corvisart a Michel-Ange-Auteuil o de Jasmin a Filles-du-Calvaire. Había llegado ya casi al final de la lista y me daba la impresión de que era un amnésico que intentaba desesperadamente horadar una capa de hielo y de olvido. Y, de repente, tuve la certidumbre de que el apellido «Señora Hubersen» iba unido al nombre de Madeleine Péraud. Efectivamente, nos había llevado a Geneviève Dalame y a mí en varias ocasiones a casa de esa señora Hubersen que vivía en un piso de una de las grandes avenidas de los barrios del oeste, una avenida cuyo nombre dudo en escribir ahora como si un detalle demasiado concreto pudiera aún perjudicarme, casi cincuenta años después, y traer consigo eso que se llama «una investigación complementaria» referida a un «caso» en el que me hubiera visto implicado.

A esa señora Hubersen a lo mejor había querido hasta ahora borrarla de la memoria, al igual que a otras personas con las que me crucé en aquellos tiempos, digamos que entre los diecisiete y los veintidós años.

Pero, al cabo de medio siglo, las pocas personas que fueron testigos de tus comienzos en la vida han acabado por desaparecer; y, por lo demás, me pregunto si la mayoría de ellas podrían hallar una relación entre esto en que te has convertido y la imagen borrosa de un joven cuyo nombre ni siquiera podrían decir.

Mi recuerdo de la señora Hubersen es también bastante borroso. Una mujer morena de unos treinta años y de rasgos regulares y pelo corto. Nos llevaba a cenar cerca de su casa, a una de esas calles perpendiculares a la avenida de Foch, en la acera de la izquierda de la avenida cuando le damos la espalda al Arco de Triunfo. Y hete aquí que no siento ya temor alguno cuando doy estos detalles topográficos. Me digo que se trata de un pasado tan lejano que entra dentro de eso que la justicia llama amnistía. De su domicilio hasta el restaurante íbamos a pie en el invierno de aquel año, un invierno tan crudo como los de los años anteriores que, cuando los comparo con los de ahora, estos me parecen clementes, un invierno como esos que había vivido en Alta Saboya, en los que de noche respirabas un aire helado y límpido y tan embriagador como el éter. La señora Hubersen llevaba un abrigo de pieles de corte bastante clásico. Seguramente había vivido una existencia más burguesa que la que llevaba ahora, si había que fiarse del desorden de su piso. Estaba en la última planta de un edificio moderno: dos o tres habitaciones atestadas de cuadros, de máscaras de África y Oceanía, de telas indias.

De esa señora Hubersen no sé gran cosa, solo lo que nos había contado Madeleine Péraud la primera noche que fuimos a verla. Vivía sola y estaba divorciada de un norteamericano. Aparentemente conocía a mucha gente del ambiente de la danza. Nos hizo ir una noche muy lejos, a orillas de la dársena de La Villette, a casa de un hombre de quien nos decía que organizaba, todos los años en la misma fecha, una fiesta en honor de las bailarinas y bailarines. Allí, en un piso diminuto, me extrañó ver reunidas a todas las estrellas a quienes admiraba por entonces y, entre ellas, a una bailarina joven de la Ópera que, más adelante, se metió carmelita. Todavía vive y seguramente es la única que podría decirme quién era exactamente aquel misterioso aficionado al ballet.

He encontrado en mis cuadernos una nota que escribí hace más de diez años, con fecha 1 de mayo de 2006: «El hombre con nombre turco que todos los años les daba en su casa una fiesta a las bailarinas y los bailarines (Nuréiev, Béjart, Babilée, Yvette Chauviré, etc.). Vivía en uno de los muelles de la dársena de La Villette o del canal del Ourcq.» Y para asegurarme de que ese recuerdo era efectivamente real había buscado en una guía de teléfonos el nombre y las señas de aquel hombre, pues pone con bolígrafo azul:

Muelle de La Gironde, 11 (distrito 19)
Amram R. Combat 73.14
Mouyal Matathias Combat 82.06 (guía de 1964)

Esas señas y esos dos nombres llevan delante signos de interrogación con la misma tinta azul.

Iba a ver una vez más, la última, en el mes de agosto de 1967, a la señora Hubersen.

Pero, antes de recordar ese encuentro, querría explicar algo que me ha sucedido: en varias ocasiones me he cruzado con las mismas personas por las calles de París, personas a quienes no conocía. A fuerza de encontrarme con ellas, sus caras me resultaban familiares. Ellas creo que ni me veían y que yo era el único en fijarme en esos encuentros fortuitos. En caso contrario nos habríamos saludado o habríamos trabado conversación. Lo más perturbador era que me cruzaba con frecuencia con la misma persona, pero en diferentes barrios y alejados entre sí, como si el destino –o el azar– insistiera para que nos conociésemos. Y, en todas las ocasiones, sentía remordimientos por dejarla pasar sin decirle nada. De aquella encrucijada salían muchos caminos y yo había descuidado uno de ellos que a lo mejor era el adecuado. Para consolarme, anotaba escrupulosamente esos encuentros sin porvenir, especificando el lugar exacto y el aspecto físico de esas personas anónimas. Y París está cuajado de puntos neurálgicos y de las múltiples formas que habrían podido adoptar nuestras vidas.

Así que a la señora Hubersen me la crucé por última vez en aquel mes de agosto en que vivía yo en una habitacioncita de un grupo de edificios, en una glorieta que daba al bulevar Gouvion-Saint-Cyr. Aquel verano hacía mucho calor y el barrio estaba desierto. Ni siquiera quedaban fuerzas para coger el metro y buscar algo de animación en el centro de París. El sopor se adueñaba de uno. El único restaurante abierto en el bulevar de Gouvion-Saint-Cyr tenía un nombre muy curioso: La Passée.[1] Me daba miedo que no me recibieran demasiado bien en aquel local. Me imaginaba a unos cuantos clientes de mal agüero reunidos para una partida de póquer; pero aquella noche me decidí a entrar.

La Passée estaba decorada como una posada rústica. Una barra a la entrada y dos salas en enfilada, la última de las cuales daba a un jardincillo. De repente, se me agravó tanto esa sensación de extrañeza que sentía en el París del mes de agosto que quise dar marcha atrás y volver lo antes posible a la acera del bulevar de Gouvion-Saint-Cyr y al ruido de los escasísimos coches que circulaban hacia la puerta de Maillot. Pero una señora me estaba conduciendo al fondo de la sala e indicándome una mesa libre a la vera del jardín

Me senté y tenía la sensación de estar atrapado en un sueño. Esa sensación, seguramente se debía a los interminables días que llevaba sin hablar con nadie. Nunca me había parecido tan atinada la expresión «apartado del mundo». No había clientes, con la excepción de una mujer sola, acomodada al fondo de la sala. Llevaba un abrigo de pieles, cosa que me extrañó en pleno mes de agosto. No parecía haberse percatado de mi presencia. Reconocí a la señora Hubersen. No había cambiado y el abrigo de pieles era el mismo que llevaba tres años antes.

Tras titubear un momento, me dirigí a ella.

–¿Señora Hubersen?

Alzó la vista para mirarme y no pareció reconocerme.

–Nos vimos varias veces hace tres años..., con Madeleine Péraud...

Seguía mirándome fijamente y yo me preguntaba si me había oído.

–Pues claro..., sí –me dijo de repente, como si se hubiera quedado en blanco un momento–. Con Madeleine Péraud... ¿Y sabe usted algo de Madeleine Péraud?

Me daba cuenta de que intentaba recobrar el control. Acababa de despertarla con excesiva brusquedad de un sueño profundo.

–No, ninguna.

Sonrió incómoda. Buscaba las palabras.

–¿Se acuerda? –le dije–. Nos llevó a una fiesta... con todos los bailarines...

–Sí..., sí..., claro... No sé si se sigue celebrando esa fiesta anual...

Se diría que aludía a un acontecimiento muy remoto que había sucedido hacía solo tres años pero que para ella pertenecía a otra vida. Y debo decir que a mí me daba la misma impresión cuando me acordaba de todos aquellos invitados sentados en el suelo de las dos habitaciones de aquel pisito y de la luna llena, en aquella noche de invierno; y, abajo, la dársena de La Villette o el canal del Ourcq.

–¿Sigue viviendo en el mismo sitio?

A lo mejor le había hecho esa pregunta para obtener una respuesta concreta y dejar de tener la sensación de que me hallaba frente a un fantasma.

–En el mismo sitio.

Soltó una risita que le agradecí. Ya no parecía un fantasma.

–Hace unas preguntas muy raras... ¿Y usted también sigue viviendo en el mismo sitio?

Parecía estarse burlando amablemente de mí.

–Siéntese. Si quiere pedir algo... Yo ya he acabado de cenar...

Me senté frente a ella. Tenía la intención de despedirme al cabo de unos instantes so pretexto de que tenía que llamar por teléfono. Pero, una vez sentado, me di cuenta de que me iba a resultar difícil levantarme y cruzar la sala en dirección a la salida. Me estaba quedando embotado.

–No se fije en el abrigo de pieles –me dijo–. Me lo he puesto esta noche porque creía que iba a bajar la temperatura. Me he equivocado.

Pero yo no necesitaba explicaciones. Hay que tomar a las personas como son, con abrigo de pieles o sin abrigo de pieles. Como mucho, hacerles unas cuantas preguntas discretas, con cuidado, sin que desconfíen, para entenderlas

mejor. Y, a fin de cuentas, solo había coincidido tres o cuatro veces con la señora Hubersen y nunca me había imaginado que volvería a verla al cabo de tres años. Unos encuentros tan breves que habrían podido caer enseguida en el olvido.

–¿Y cómo se enteró usted de la existencia de este sitio? –le pregunté–. La Passée.

–Me ha traído aquí varias veces un amigo. Pero se ha ido de vacaciones...

Hablaba con voz firme y clara, y lo que acababa de decirme era de lo más coherente. Con frecuencia se queda uno solo en París en el mes de agosto y en sitios no muy definidos, a imagen y semejanza de esta sensación en que parece que el tiempo se ha detenido, sitios que desaparecen en cuanto la vida recobra su curso y la ciudad, su aspecto habitual.

–¿No cena? ¿Quiere beber algo?

Cogió de encima de la mesa una jarra y me puso en un vaso grande lo que pensé que era agua, pero cuyo sabor me sorprendió cuando tomé un sorbo: un alcohol muy fuerte. Luego se sirvió ella. No tomó un sorbo, sino medio vaso de un trago, con un leve movimiento de cabeza.

–¿No bebe?

Parecía decepcionada y algo violenta, como si la hubiera enviado de nuevo a su soledad. Entonces yo también vacié el vaso.

–Ya ve –me dijo–, no dejamos de necesitar entrar en calor, aunque ya lo haga.

Noté que quería añadir algo, pero que titubeaba y buscaba las palabras.

–Me gustaría hacerle una confidencia...

Puso la mano abierta encima de la mía para darse ánimos.

–Por mucho calor que haga, si supiera usted cuánto frío tengo siempre...

Me echaba una mirada tímida e inquisitiva a un tiempo mientras esperaba una respuesta o más bien un diagnóstico que pudiera tranquilizarla.

Salimos de La Passée. Iba cogida de mi brazo por el bulevar de Gouvion-Saint-Cyr. Soplaba una brisa, la primera desde hacía quince días.

–En el fondo ha hecho usted bien al ponerse el abrigo de pieles –le dije.

A lo mejor quería volver a pie a su casa. Pero en tal caso no íbamos en la dirección correcta. Se lo comenté.

–Me apetece andar un poco, hasta la primera parada de taxis.

A aquella hora tardía y en aquella estación del año, no había circulación por el bulevar de Gouvion-Saint-Cyr. Es curioso, cuando escribo esto ahora oigo el eco de nuestros pasos –o más bien de los suyos– en la acera desierta. Habíamos llegado a la altura de la glorieta donde vivía yo. Por un momento me entraron ganas de despedirme, diciéndole que me estaba esperando alguien en mi habitación, una habitación abuhardillada y tan pequeña que, nada más entrar, tenía que tirarme encima de la cama para no dar con la frente en la viga. Y, al acordarme, no pude contener una carcajada.

–¿De qué se ríe?

No sabía qué contestarle. ¿Esperaba de verdad una respuesta? Con la mano libre se había levantado el cuello del abrigo de pieles como si la brisa se hubiera vuelto de repente más fría.

–¿Sigue teniendo las máscaras de África y Oceanía en su casa? –le pregunté para romper el silencio.

Se detuvo y me miró con expresión de sorpresa.

–Menuda memoria tiene...

Sí, mucha... Pero también tengo memoria para detalles de mi vida, para personas que me he esforzado en olvidar. Creo haberlo conseguido y, sin que me lo espere, tras montones de años, regresan a la superficie, como ahogados, al volver la esquina de una calle a determinadas horas del día.

Estábamos en la puerta de Champerret. Había solo un taxi esperando en la parada, delante del grupo de edificios con fachada de ladrillo.

–¿Puede acompañarme? –me preguntó la señora Hubersen.

Otra vez estuve a punto de decirle que me estaba esperando alguien en mi habitación. Pero, de pronto, me habían entrado ciertos escrúpulos en mentirle. Tantas mentiras ya para librarme de las personas, tantos edificios con dos salidas para dejarlas tiradas en una acera, tantas citas a las que no iba...

Me subí al taxi con ella. Pensé que, hasta su casa, sería un trayecto muy corto y que volvería a pie.

–A Versalles, al bulevar de La Reine –le dijo al taxista.

Me quedé callado. Esperaba a que me diera una explicación.

–Me da miedo volver a casa. Todas esas máscaras de las que me hablaba hace un rato... Me observan y no tienen buenas intenciones...

Lo había dicho con un tono tan serio que me había dejado perplejo. Y, luego, recobré la voz.

–Creo que se equivoca. Esas máscaras no son tan malas como usted piensa...

Pero me di cuenta de que ella no estaba de broma. El taxi se había metido por el bulevar Gouvion-Saint-Cyr, en sentido inverso al que habíamos recorrido hacía un rato. Estábamos llegando a la altura de la glorieta en la que vivía yo.

–Tengo que volver a casa –le dije–. Vivo aquí mismo, a la derecha...

–Tenga la amabilidad de acompañarme a Versalles.

El tono no admitía réplica, como si se tratase de una obligación moral por mi parte. El taxi se había parado en un

semáforo, delante del cuartel de bomberos. Tuve la tentación de abrir la puerta y despedirme con una breve frase cortés. Pero me dije que tenía tiempo de hacerlo durante el trayecto a Versalles. Me acordé de aquel libro que había leído, *Los sueños y cómo dirigirlos*, donde se explica que es posible interrumpirlos en cualquier momento, e incluso desviar su curso. Así que bastaba con que me concentrase un poco para que el taxista nos dejase dentro de un rato ante el domicilio de la señora Hubersen y que se le hubiera olvidado que teníamos que ir hasta Versalles. Y a la señora Hubersen también.

–¿Está segura de que no quiere volver a su casa? –le dije en voz baja.

Arrimó la cara a la mía y me dijo, también en voz baja:

–No puede saber lo que es volver todas las noches a ese piso y verme sola con esas máscaras... Y, además, desde hace cierto tiempo me da miedo coger el ascensor...

Yo era aún demasiado joven para saber de la angustia que sentía al volver sola a su casa A mí me daba igual coger el ascensor y subir luego las escaleritas y recorrer el pasillo que llevaba a esa buhardilla donde no podía estar de pie. Y hoy que tengo casi cuarenta años más que la señora Hubersen entonces, me digo que era raro que a su edad dejase que se adueñara de ella semejante ansiedad. Pero a lo mejor no hay que fiarse de algunas ideas tales como: «la despreocupación de la juventud».

Nos paramos en otro semáforo muy cerca del restaurante La Passée. Durante el trayecto –me dije– habría más semáforos que me permitirían salir del taxi. No sería la primera vez que pasara por ese trance: en dos ocasiones me escapé de un coche que me llevaba de vuelta, el domingo por la noche, al internado; y, más adelante, hacia los veinte años, cuando iba muy entrada la noche con varias personas en un Chevrolet cuyo conductor estaba borracho. Afortunadamente, iba sentado al lado de la puerta.

–¿De verdad no quiere volver a su casa? –le pregunté de nuevo a la señora Hubersen.

–Ahora, no. Mañana, cuando sea de día.

Habíamos llegado a la orilla del bosque de Boulogne y la señora Hubersen había cerrado los ojos. Comprobé si la puerta llevaba el seguro echado como sucede a veces de noche en los taxis. No. Aún tenía algo de tiempo por delante para decidirme.

En la puerta de Auteuil, la cabeza de la señora Hubersen me cayó en el hombro. Se había quedado dormida. Si salía del coche, tendría que hacerlo sin movimientos bruscos, escurriéndome por el asiento y no dando un portazo al salir. Esa cabeza que tan poco me pesaba en el hombro era como una señal de confianza por su parte, y me daba no sé qué traicionar esa confianza. Puerta de Saint-Cloud. Íbamos a cruzar el Sena y a meternos en el túnel para coger luego la autopista del Oeste. Y ya no habría más semáforos.

En esta época de mi vida y desde la edad de once años desempeñaron un papel importante las fugas. Fuga de los internados, fuga de París en un tren nocturno el día en que tenía que presentarme en el cuartel de Reuilly para el servicio militar, citas a las que no acudía o frases rituales para escurrir el bulto: «Un momento, que voy por cigarrillos...», y esa promesa que tuve que hacer cientos y cientos de veces sin cumplirla nunca: «Vuelvo enseguida.»

Ahora siento remordimientos. Aunque no se me dé muy bien la introspección, me gustaría entender por qué la fuga era, como quien dice, mi forma de vida. Y me duró bastante tiempo, diría que hasta los veintidós años. ¿Era algo equiparable a esas enfermedades de la infancia que tienen nombres tan curiosos: tosferina, varicela, escarlatina? Dejando aparte mi caso personal, siempre he soñado con escribir un tratado de la fuga a la manera de esos moralistas y de esos memorialistas franceses cuyo estilo admiro tanto desde la adolescencia: el cardenal de Retz, La Bruyère, La Rochefoucauld, Vauvenargues... Pero de lo único que puedo dejar constancia es de los detalles concretos, de los lugares y de los momentos específicos. En particular, de aquella tarde del verano de 1965 en que estaba ante el mostrador de un café estrecho a la entrada del bulevar de Saint-Michel, que contrastaba con los demás cafés del barrio. No tenía una clientela de estudiantes. Un bar estrecho y largo, como los de Pigalle o de Saint-Lazare. Entendí aquella tarde que me estaba dejando ir a la deriva y que, si no reaccionaba inmediatamente, la corriente me arrastraría. Estaba convencido de no correr ningún riesgo y de gozar de algo así como de una inmunidad por ser un espectador nocturno, ese apodo que se había puesto a sí mismo un escritor del siglo XVIII que exploraba los misterios de las noches parisinas. Pero la curiosidad me había llevado ya algo lejos, quizá demasiado. Noté que el peligro me pasaba cerca, eso que llaman «el viento de la bala de cañón». Tenía que desaparecer lo antes posible si no quería tener problemas. Iba a ser una fuga mucho más importante que las otras. Había tocado fondo y lo único que me quedaba ya por hacer era dar un talonazo fuerte para subir a la superficie.

El día anterior había sucedido algo a lo que aludí veinte años después, en 1985, en el capítulo de una novela. Era una forma de quitarme un peso de encima, de dejar constancia por escrito de algo así como una confesión a medias. Pero veinte años era un espacio de tiempo demasiado breve para que algunos testigos hubieran dejado de existir y no sabía cuál es el plazo para que la justicia deje de perseguir a los culpables o a los cómplices y los cubra definitivamente con el velo de la amnistía y del olvido.

Esa mujer con quien me había encontrado por primera vez pocas semanas antes y cuyo nombre no me decido a decir –aún desconfío, pasados cincuenta años, de los detalles demasiado concretos que podrían permitir identificarla– me llamó, muy entrada la noche, en aquel mes de julio de 1965, para decirme que había ocurrido un «accidente» en el piso de Martine Hayward, en el número 2 de la avenida de Rodin, donde nos habíamos conocido y donde se reunían los domingos por la noche personas variopintas a quienes la tal Martine Hayward llamaba «los noctámbulos». Me rogaba que acudiera.

En el salón del piso estaba tendido en la alfombra el cuerpo de Ludo F., el personaje más turbio de aquella pandilla de «noctámbulos». Lo había matado «por accidente», me decía, al manipular un revólver que había «encontrado en una de las baldas de la estantería de los libros». Me alargaba el arma, que había vuelto a meter en la funda de ante. Pero ¿por qué estaba aquella noche sola con Ludo F. en el piso? Me lo explicaría todo «en cuanto estuviéramos lejos de allí, al aire libre».

Sin pulsar el automático de la luz de las escaleras, la cogí del brazo y la ayudé a bajar en la oscuridad, lo que era preferible a usar el ascensor. En la planta baja había luz detrás de la puerta acristalada del portero. Tiré de ella hacia la puerta cochera y, en el momento en que pasábamos delante de la portería, salió un hombre moreno, de corta estatura y con el pelo a cepillo. Nos miraba en la penumbra mientras yo intentaba abrir a tientas la puerta cochera. Estaba atrancada. Al cabo de un instante –y ese instante se me hacía interminable–, vi en la pared el botón que abría la puerta. Oí el chasquido y abrí. Hacía todos los gestos a cámara lenta para que fueran lo más precisos posible y no apartaba la vista del hombrecito con el pelo a cepillo, como si quisiera desafiarlo y permitirle que se le quedasen en la memoria mis rasgos faciales. Ella se impacientaba y la dejé pasar; luego, antes de seguirla, me quedé unos segundos quieto en el vano de la puerta clavando los ojos en el portero. Estaba esperando que se me acercase, pero él también estaba quieto, mirándome. El tiempo se detuvo. Ella se había adelantado unos diez metros y yo no sabía ya si podría alcanzarla de tan lento como era mi paso, cada vez más lento, con la sensación de ir flotando y de descomponer el mínimo movimiento.

Estábamos llegando a la plaza de Le Trocadéro. Las dos de la mañana más o menos. Los cafés estaban cerrados. Yo me notaba cada vez más tranquilo y respiraba cada vez más hondo, sin necesidad de ninguno de esos esfuerzos de concentración que suelen hacerse durante los ejercicios de yoga. ¿De dónde venía tanta tranquilidad? ¿Silencio y aire cristalino en la plaza de Le Trocadéro? Aquel aire me parecía tan suave y helado como el de las pendientes de Alta Saboya. Seguramente me estaba influyendo la obra que llevaba leyendo unos cuantos días, *Los sueños y cómo dirigirlos* de Hervey de Saint-Denys, que fue toda esa temporada uno de mis libros de cabecera. Me daba la impresión de que le había contagiado a ella mi calma y ahora andaba con el mismo paso que yo. Me preguntó adónde íbamos exactamente. Era demasiado tarde, tardísimo para volver a Montmartre, al Hotel Alsina, o a casa de ella, en Saint-

Maur-des-Fossés. Divisé el rótulo de un hotel al principio de todo de una de las avenidas que daban a la plaza de Le Trocadéro. Pero seguía llevando en un bolsillo de la chaqueta el revólver en su funda de ante. Busqué una boca de alcantarilla donde poder tirarlo. Como lo tenía en la mano, ella me echaba miradas inquietas. Yo intentaba tranquilizarla. Estábamos solos en la plaza. Y si por casualidad alguien nos observaba desde la ventana a oscuras de un edificio, no tenía la mínima importancia. No podría hacer nada contra nosotros. Bastaría con desviar el sueño ateniéndose a los consejos de Hervey de Saint-Denys, como quien gira un poco el volante. Y el coche circularía sin tropiezos, uno de los coches americanos de entonces, que parecían resbalar por el agua en silencio.

Dimos la vuelta a la plaza y acabé por tirar el revólver en un cubo de la basura, delante del Museo de la Marina. Nos metimos por la avenida donde estaba el hotelito cuyo rótulo había divisado. Hotel Malakoff. Desde aquel día, he pasado varias veces por delante y un atardecer de hace cinco años, tan caluroso como aquella noche de junio de 1965, me detuve en la entrada, con idea de coger una habitación, quizá la misma que entonces. Sería un pretexto, me decía, para hojear los registros y comprobar si aún seguía mi nombre en la fecha del 18 de junio de 1965. Pero ¿conservaban los registros antiguos que consultaban de vez en cuando los que formaban parte de la brigada llamada «de casas de camas»? Aquella noche de hace cincuenta años, en el mostrador de recepción solo estaba el vigilante nocturno debido a lo avanzado de la hora. Ella se quedó atrás y fui yo quien puso el apellido, el nombre y la fecha de nacimiento en el registro, aunque el vigilante no nos pedía nada, ni siquiera un documento de identidad. Estaba seguro de que Hervey de Saint-Denys, que tanto sabía de los sueños y de cómo dirigirlos, habría dado el visto bueno a mis escrúpulos. Según trazaba las letras –y me habría gustado dibujar los trazos finos y los gruesos, pero el bolígrafo no me lo permitía– iba notando una tranquilidad y un apaciguamiento que nunca había sentido hasta entonces. Incluso puse en las señas el número 2 de la avenida de Rodin, donde Ludo F., tendido en la alfombra, dormía su último sueño.

Los días posteriores, la angustia que me había entrado en el café de la entrada del bulevar de Saint-Michel no era ya tan acuciante. A lo mejor procedía de la proximidad del Palacio de Justicia y de la prefectura de policía, que se veían a poca distancia, del otro lado del puente. Yo sabía que había inspectores que frecuentaban algunos cafés de la plaza de Saint-Michel. Ahora nos quedábamos en Montmartre y me parece que allí nos sentíamos más seguros y acabábamos por preguntarnos si los acontecimientos de aquella noche habían sido reales.

Tengo ciertos escrúpulos al hablar de aquellos días. Son los más memorables y los últimos de una de las partes de mi juventud. Nada tuvo ya del todo, a partir de entonces, las mismas tonalidades. ¿Acaso la muerte de aquel Ludo F., un hombre al que apenas conocíamos, desempeñó el papel de algo parecido a una llamada al orden? Durante una temporada, tras este hecho, con frecuencia me despertaba sobresaltado por unos disparos y, al cabo de un instante, me daba cuenta de que esos disparos no se habían hecho en la vida real sino en mi sueño. A diario, al salir del Hotel Alsina, iba a comprar la prensa a una tiendecita de la calle de Caulaincourt –*France Soir, L'Aurore*, los que traían crónica de sucesos– y la leía sin que ella lo supiera, para que no se preocupase. No venía nada de Ludo F. Por lo visto, no le interesaba a nadie. O sería que la gente de su entorno había conseguido ocultar su muerte. Seguramente para no comprometerse. Algo más arriba, en la calle de Caulaincourt, en la terraza de Le Rêve, escribía yo en el margen de uno de los periódicos los nombres de aquella gente que recordaba por haber asistido a las «veladas» de los domingos por la noche, donde la había conocido a ella.

Y hoy, cincuenta años después, no puedo por menos de volver a escribir en esta hoja en blanco alguno de aquellos nombres, Martine y Philippe Hayward, Jean Terrail, Andrée Karvé, Guy Lavigne, Roger Favart y su mujer, que tenía pecas y los ojos grises..., y otros...

Ninguno me ha dado señales de vida en estos cincuenta últimos años. Por entonces debía de ser invisible para ellos. O será, sencillamente, que vivimos a merced de ciertos silencios.

Junio, julio de 1965. Transcurrieron los días aquel verano en Montmartre, todos iguales, con sus mañanas y sus tardes de sol. Bastaba con deslizarse en su corriente apacible y flotar de espaldas. Al final, nos olvidaríamos de aquel muerto del que ni ella parecía saber gran cosa, con la excepción de que lo había conocido cuando trabajaba en la perfumería de la calle de Ponthieu. Había entrado para hablar con ella, y se lo había vuelto a encontrar en el café de al lado de la perfumería donde solía tomar un bocadillo a la hora del almuerzo. La había llevado varias veces a esas veladas de los domingos por la noche que organizaba Martine Hayward en la avenida de Rodin, que era donde nos habíamos conocido nosotros dos. Ya estaba, solo eso. Y lo que había ocurrido allí la otra noche era un «accidente». Y ella no quería decirme nada más.

Cuando me acuerdo de aquel verano, me da la impresión de que se ha desprendido del resto de mi vida. Un paréntesis, o más bien unos puntos suspensivos.

Unos años después, viví en Montmartre, en el número 9 de la calle de L'Orient, con la mujer a la que amaba. El barrio no era ya el mismo. Yo tampoco. Ambos habíamos recobrado la inocencia. Una tarde me detuve delante del Hotel Alsina, que habían convertido en una casa de pisos. El Montmartre del verano de 1965, tal y como creía verlo en el recuerdo, me pareció de pronto un Montmartre imaginario. Y no tenía ya nada que temer.

Pocas veces cruzábamos la frontera por la parte sur, esa que marcaba el terraplén del bulevar de Clichy. Nos quedábamos en un sector bastante reducido por donde subía la calle de Caulaincourt. En aquel mes de julio éramos los únicos ocupantes de la terraza de Le Rêve, y por las tardes estábamos solos también algo más arriba, en la penumbra del San Cristóbal, a mitad de la cuesta de las escaleras de Lamarck-Caulaincourt. Hacíamos siempre los mismos gestos en los mismos sitios, a las mismas horas y bajo el mismo sol. Recuerdo calles desiertas en los días de canícula. Sin embargo, flotaba una amenaza en el aire. Aquel cadáver en la alfombra, en el piso del que nos habíamos ido sin apagar la luz... Las ventanas iban a seguir encendidas en pleno día, como una señal de alarma. Intentaba entender por qué me había quedado tanto tiempo quieto delante del portero. Y vaya idea la mía cuando puse en la ficha del Hotel Malakoff mi nombre, mi apellido y la dirección del piso, avenida de Rodin, 2... Se darían cuenta de que se había cometido un «crimen» esa misma noche en esa dirección. ¿Qué vértigo había padecido cuando estaba rellenando la ficha? A menos que la obra de Hervey de Saint-Denys, que estaba leyendo cuando ella me llamó para suplicarme que fuera a buscarla, me hubiera enturbiado la mente: estaba seguro de vivir un mal sueño. No corría ningún riesgo, podía «dirigir» ese sueño como deseara y, en caso de quererlo así, podía despertarme en el acto.

Un día, a primera hora de la tarde, íbamos cuesta arriba por la calle de Caulaincourt, desierta bajo el sol, y teníamos la impresión de ser los únicos que vivían en Montmartre. Le dije, para tranquilizarme, que estábamos en un puertecito del Mediterráneo, a la hora de la siesta. Nadie en el San Cristóbal. Nos sentamos a una mesa, cerca de la cristalera tintada que tenía la sala en penumbra. Hacía fresco, como en lo hondo de un acuario. «Es un mal sueño. Nada más que un mal sueño...» Casi ni me di cuenta de que lo decía en voz alta. El cuerpo de Ludo F. en la alfombra y la luz del piso, que nos habíamos dejado encendida... Ella me cubrió la mano con la suya. «No lo pienses más», me dijo en voz baja. Hasta ese momento, me había dado la impresión de que ella, por su parte, no quería pensarlo y, los primeros días, no me atrevía a confesarle que todas las mañanas leía los periódicos con el temor de encontrarme con un suelto donde apareciera en letras de molde el nombre de Ludo F. Pero ella compartía esa intranquilidad conmigo. No necesitábamos decírnoslo, bastaba con cruzar una mirada. Por las noches, por ejemplo, cuando volvíamos a la avenida de Junot, al Hotel Alsina, en el momento de coger el ascensor. Era un ascensor de madera clara con una puerta de dos hojas acristaladas, como los había aún por entonces. Subía tan despacio que amenazaba con detenerse entre dos pisos. A mí me daba miedo que un policía nos estuviera esperando delante de la puerta de la habitación mientras otro se apostaba abajo, en la recepción del hotel. Eran los mismos que iban a los cafés de la plaza de Saint-Michel. Había podido identificarlos pescando retazos de sus conversaciones. Venían a buscarme a mí, porque sabían mi nombre. Ella no tenía nada que temer. Me entraban ganas de decírselo, allí, en el ascensor. Pero ya habíamos llegado a nuestro piso. Nadie delante de la puerta. Ni en la habitación. Otra vez sería. Había vuelto a conseguir, por los pelos, desviar el sueño ateniéndome a los consejos de Hervey de Saint-Denys.

Por las noches, íbamos a dos restaurantes: uno en la esquina de la calle de Constance con la calle Joseph-de-Maistre, el otro al final del todo de la calle de Caulaincourt, al pie de unas escaleras. Mucha gente en los dos, y eso contrastaba con las calles desiertas durante el día. Pasábamos inadvertidos entre todas esas personas, y el guirigay de sus conversaciones nos protegía. Llegaban clientes hasta las doce de la noche, y ponían mesas en la acera. Nos quedábamos hasta la hora más tardía que podíamos, entre todos esos comensales que parecían veraneantes. A eso de la una de la mañana, llegado el momento de regresar al Hotel Alsina, nuestras miradas se cruzaban. Habría que subir por la avenida de Junot desierta y cruzar el porche del hotel sin saber quién habría en recepción. A esas horas, evitábamos coger el ascensor. En los primeros momentos, no nos sentíamos muy seguros en el silencio de la habitación. Yo me quedaba detrás de la puerta, para acechar el ruido de pasos en el corredor. En resumidas cuentas, era cuando teníamos a mucha gente alrededor, por las noches, en los dos restaurantes, cuando nos encontrábamos más a gusto, como dos veraneantes entre otros veraneantes que hubieran pasado todo el día en la playa de Pampelonne. Podíamos incluso hablar del asunto vidrioso que nos preocupaba. Nuestras voces se perdían entre el ruido de las otras voces y nos apañábamos para evitar las palabras excesivamente concretas y expresarnos con sobrentendidos de forma tal que los de la mesa de al lado no entendieran gran cosa de lo que decíamos si, por casualidad, nos escuchaban indiscretamente. Hablábamos saltándonos ciertas palabras, con puntos suspensivos. Me habría gustado además que ella me diera más indicaciones acerca de Ludo F., porque estaba convencido de que sabía más de lo que consentía en decir. Su primer encuentro en la perfumería de la calle de Ponthieu no me parecía que correspondiera del todo a la verdad. Estaba seguro de que faltaban unos cuantos detalles. Pero notaba que me contestaba con reticencia. De hecho, lo que me preocupaba era que establecieran una relación entre ella y ese al que llamábamos «el muerto». ¿Había alguna prueba tangible de que ella había tenido trato con «el muerto»? ¿Una carta? ¿Su nombre y su dirección, que hubiera anotado él en una agenda? ¿Qué declararían los demás si los interrogaban sobre ella y sus relaciones con «el muerto»? Cuando le hacía todas esas preguntas, se limitaba a encogerse de hombros. No parecía conocer muy bien a los asiduos a las veladas de los domingos por la noche en el número 2 de la avenida de Rodin, en casa de Martine Hayward. Según le iba diciendo nombres –Andrée Karvé, Guy Lavigne, Roger Favart y su mujer, Vincent Berlen, Marion Le Phat-Vinh, esos pocos nombres que había garabateado en el margen de un periódico y que saco por última vez de la nada–, me hacía siempre una seña negativa con la cabeza. Por lo demás, me dijo, todas esas personas no la conocían de nada y no podrían aportar ningún testimonio referido a ella. Se me acercó, inclinándose, como si quisiera añadir algo en voz baja, pero era una precaución inútil: nuestros vecinos de mesa hablaban muy alto y, en ese momento, la voz del guitarrista que iba todas las noches a interpretar a la misma hora, frente al restaurante de la calle de Caulaincourt, una canción napolitana de Roberto Murolo, «Anema’e core», se mezclaba con la algarabía de las conversaciones. Me cuchicheó: «No deberías haber puesto tu nombre en la ficha del hotel.»

Intento acordarme de mi estado de ánimo en ese momento. Al día siguiente, cuando estaba solo en el café del bulevar de Saint-Michel, me entró el pánico, pero se me pasó pronto. Tras haber tocado fondo, estaba volviendo a subir a la superficie. Me decía: Ahora va a empezar otra vida para mí. Y la que había llevado hasta entonces se me aparecía como un sueño confuso del que acababa de despertarme. Comprendía de pronto el sentido de la frase: «El porvenir se abre ante ti.» Sí, al final me convencía de que, desde la cima del porvenir, no tenía ya nada que temer y que, en adelante, me había inmunizado una vacuna o me amparaba un pasaporte diplomático.

«No corro ya ningún riesgo», le dije. «Ninguno.» Y debí de usar un tono tan tajante que el vecino de mesa que teníamos más cerca, un hombre rubio de unos cuarenta años que podría haber sido uno de los policías que había localizado en los cafés de la plaza de Saint-Michel, me miró insistentemente. Le sostuve la mirada y le sonreí.

Una tarde, quiso ir a buscar «sus cosas» a su casa, en Saint-Maur. Fue el único día de ese verano en que salimos de Montmartre. Estábamos esperando el tren en el andén de la estación de La Bastille.

–¿Crees que es demasiado arriesgado ir? –me preguntó–. A lo mejor han encontrado mis señas.

En ese momento yo no sentía ningún temor concreto.

–No te han identificado. Es imposible que sepan las señas de una desconocida.

Asintió con la cabeza como si lo que acababa de decir yo le pareciera de pronto una evidencia. Repitió para sí dos o tres veces «una desconocida», seguramente para convencerse bien de que no tenía nada que temer y de que seguiría siendo, hasta el final, una desconocida.

En el compartimento íbamos solos. Un día entre semana, una hora de la tarde con poca actividad, en pleno verano. La noche en que nos habíamos conocido en el piso de Martine Hayward, habíamos ido andando a eso de las dos de la mañana hasta la plaza de L'Alma. Ella había cogido un taxi para volver a su casa, a Saint-Maur, y habíamos quedado allí al día siguiente; me había apuntado sus señas en un trozo de papel: avenida de Le Nord, 35. Y, al día siguiente, estaba yo en el mismo tren, a la misma hora de la tarde, con el mismo trayecto que ahora: Bastille, Saint-Mandé, Le bois de Vincennes, Nogent-sur-Marne, Saint-Maur.

Fuimos por la avenida de Le Nord, flanqueada de árboles cuyas copas formaban una bóveda. No había nadie aquella tarde, como en las calles de Montmartre. Manchas de sol y la sombra de las ramas en la acera y en la calzada. La primera vez que fui, hacía quince días, me estaba esperando delante de la casa. Dimos un paseo hasta La Varenne-Saint-Hilaire y la terraza de un hotel, a orillas del Marne, que se llamaba Le Petit Ritz.

En esta ocasión, titubeó un momento antes de abrir el portón y me echó una mirada inquieta. Notaba la misma aprensión pasajera que nos embargaba por las noches en Montmartre cuando volvíamos al Hotel Alsina. Un prado de césped descuidado. La hierba había invadido el paseo que bajaba hasta el umbral de la casa. El césped formaba algo así como un valle y la casa estaba a un nivel inferior, tanto que no se veía al principio la planta baja. Aquella casa estaba en una posición precaria y parecía expuesta a un corrimiento de tierras. Tenía al mismo tiempo aspecto de villa y de casita del extrarradio.

Me dijo que esperase en la planta baja mientras recogía sus cosas. Una habitación espaciosa. No había más muebles que un sofá. Las ventanas daban, por un lado, al talud de césped que tapaba el horizonte y, por otro, a algo así como un solar al pie de esa cuesta. Daba realmente la sensación de que la casa se hallaba en un equilibrio inseguro y corría el riesgo de inclinarse hacia un lado de un momento a otro. Y además el silencio era tan profundo que al cabo de un cuarto de hora temí que me hubiera dejado plantado, como había hecho yo tantas veces diciendo: «Un momento, vuelvo enseguida», al llegar a la altura de algún edificio con doble salida, el de la plaza de Saint-Michel, desde donde podías escabullirte por la calle de L'Hirondelle, y el número 1 de la calle de Lord-Byron, que te llevaba por un laberinto de pasillos y ascensores a la avenida de Les-Champs-Élysées.

Apareció cuando yo tenía ya la seguridad de que se había esfumado y me disponía a comprobarlo subiendo al primer piso. Llevaba una maleta de cuero negro. Se sentó a mi lado en el sofá. Y, de pronto, noté que nos pasaba por la cabeza el mismo pensamiento: el cuerpo de Ludo F. en el piso de la avenida de Rodin.

Yo había cogido la maleta, que pesaba bastante, e íbamos otra vez por la avenida de Le Nord. Se sentía aliviada por haber salido de la casa. Y yo también. Existen sitios de los que no desconfiamos a primera vista porque tienen un aspecto corriente y nos envían, al cabo de unos momentos, malas vibraciones. Y yo siempre había sido sensible a eso que se llama «el alma de los sitios». Hasta el punto de irme corriendo si me entraba la más mínima duda, como aquella tarde de invierno en el café La Source cuando estaba con el hermano de Geneviève Dalame y con su amigo con cara de botones viejo. Por lo demás, quise ahondar en la cuestión haciendo una lista, en mis cuadernos, de todos esos sitios y esas direcciones exactas en las que había decidido no demorarme. Se trata de un don especial, un sexto sentido que tienen, por ejemplo, los perros truferos y que recuerda también a ciertos aparatos como los detectores de minas. Durante los años siguientes, me di cuenta de que no estaba equivocado en lo referido a la mayoría de esos sitios y esas direcciones. De las razones por las que flotaban malas vibraciones me enteraba por testimonios que me llegaban por casualidad, por comparaciones entre antiguas crónicas de sucesos, con frecuencia veinte o treinta años después, e incluso a veces bastaba con unas pocas palabras al azar de una conversación sorprendida en un café.

Me paraba de vez en cuando en la avenida de Le Nord y dejaba la maleta en la acera. Pesaba mucho, aquella maleta. Acabé por preguntarle si había metido dentro el cuerpo de Ludo F. Se quedó impertérrita, pero no pareció gustarle la broma. ¿Broma? A veces en sueños, e incluso en este momento del presente en que estoy escribiendo, noto en la mano derecha el peso de aquella maleta, como una herida antigua y cicatrizada, pero que sigue doliendo en invierno en los días de lluvia. ¿Un antiguo remordimiento? Me ha perseguido sin que haya podido especificar la causa. Un día tuve la intuición de que esa causa era anterior a mi nacimiento y que el remordimiento había ido progresando por una mecha lenta de dinamita. Mi intuición fue muy fugaz, una cerilla cuya llama reluce unos

segundos en la oscuridad antes de apagarse...

Aún quedaba mucho camino hasta la estación de La Varenne, a la que había llegado yo desde París el día de nuestra primera cita. Le propuse que pasásemos lo que quedaba del día y la noche en Le Petit Ritz, que era lo que habíamos hecho dos semanas antes. Pero me recordó que yo había rellenado la ficha de Le Petit Ritz con mi nombre, igual que la otra noche en el Hotel Malakoff. Y además los dueños de Le Petit Ritz la conocían de vista. Más valía que no nos hiciéramos notar.

Me pregunto si el recuerdo lejano y confuso de una tarde de verano pasada en Saint-Maur no me hizo escribir, cuarenta y seis años después, en un cuaderno, con fecha de 26 de diciembre de 2011, estas pocas líneas:

«Sueño. Estoy ante un comisario de policía que me alarga una citación en un papel amarillento. La primera frase menciona un crimen sobre el que tengo que comparecer como testigo. No quiero leer esas páginas. Las pierdo. Luego me entero de que se trata de una chica de Saint-Maur-des-Fossés que ha matado a un hombre mayor que ella en Marly-le-Roi (?). No sé por qué soy testigo.

»Es algo que tiene que ver con un sueño recurrente: han detenido ya a unas cuantas personas y a mí no me han identificado. Y vivo con la amenaza de que me detengan a mí también cuando se den cuenta de que tengo que ver con los culpables. Pero ¿culpables de qué?»

El año pasado, en el fondo de un sobre grande, entre pasaportes de cartón azul marino caducados y boletines de una residencia infantil y de un internado en Alta Saboya donde estuve, me tropecé con unas hojas escritas a máquina.

Al principio, dudé en leer esas pocas páginas en papel cebolla sujetas con un clip oxidado. Quise quitármelas de encima enseguida, pero me parecía imposible, como esos residuos radiactivos que es inútil enterrar a cien metros de profundidad.

La única forma de desactivar definitivamente ese delgado cuadernillo es copiar algunos fragmentos y mezclarlos con las páginas de una novela, como hice hace treinta años. Así no se sabrá si pertenecen a la realidad o al ámbito del sueño. Hoy, 10 de marzo de 2017, he vuelto a abrir la carpeta verde pálido, he quitado el clip, que ha dejado una mancha de orín en la primera hoja, y, antes de hacerlo todo pedazos y no dejar ni un rastro material, copio unas cuantas frases y así queda todo zanjado.

En la primera hoja: 29 de junio de 1965.
Policía judicial. Brigada de costumbres.
Acotación 29: Posición de los casquillos.
Se han encontrado los tres casquillos correspondientes a las tres balas...
Sobre las hipótesis que pueden formularse respecto a la forma en que ocurrió el asesinato del señor Ludovic F...

En la segunda hoja: 5 de julio de 1965.
Policía judicial. Brigada de costumbres.
El supuesto Ludovic F. llevaba usando ese nombre falso desde hacía alrededor de veinte años. En realidad se trata, al parecer, de un tal Aksel B., conocido por Bowles. Fecha de nacimiento: 20 de febrero de 1916 en Frederiksberg (Dinamarca). Sin profesión conocida. Fugitivo desde abril de 1949 y residente en París (distrito 16). Último domicilio conocido: calle de Les Belles-Feuilles, 18

En la cuarta hoja: 5 de julio de 1965.
Nota
Policía judicial
Brigada de costumbres.
Jean D.
Fecha de nacimiento: 25 de julio de 1945, en Boulogne-Billancourt (Sena)
... Se han encontrado dos fichas de hotel a nombre de Jean D. rellenadas de su puño y letra el pasado mes de junio:
El 7 de junio de 1965: Hotel restaurante Le Petit Ritz, avenida de Le 11-Novembre, 68, en La Varenne-Saint-Hilaire (Sena y Marne).
El 28 de junio de 1965: Hotel Malakoff, avenida de Raymond-Poincaré, 3, París (distrito 16), donde indica como dirección de su domicilio el número 2 de la avenida de Rodin (distrito 16).
Tanto en Le Petit-Ritz como en el Hotel Malakoff iba acompañado de una joven de unos veinte años, de estatura media, morena, de ojos claros, cuya descripción corresponde a la dada en su declaración por el señor R., portero del número 2 de la avenida de Rodin, París (distrito 16).
Hasta el momento no ha sido posible identificar a la joven.

Aunque nunca la identificaron, di con su rastro veinte años después. Su nombre figuraba en la guía telefónica de París de aquel año, un apellido y un nombre que solo podían ser suyos. Bulevar de Sérurier, 76, distrito 19. 208.76.68.

Era el mes de agosto. No cogían el teléfono. En varias ocasiones, me quedé a pie firme media tarde delante del edificio de ladrillo tras el que se extiende la glorieta de La Butte-du-Chapeau-Rouge. No conocía este barrio. Son los demás los que nos dan a conocer una ciudad en sus zonas más secretas y más alejadas cuando nos citan en tales o cuales señas. Cuando han desaparecido, nos obligan a seguirles el rastro. A media tarde, en la parte baja de la cuesta del bulevar de Sérurier, me parecía que se hubiera detenido el tiempo. El sol y el silencio, el azul del cielo, el tono ocre del edificio, el verde de los árboles del parque..., todo aquello contrastaba, en mi memoria, con la dársena de La Villette o el canal del Ourcq, algo más arriba, en el mismo distrito, y que descubrí una noche de diciembre gracias a la señora Hubersen.

Nada había cambiado para mí. Aquel verano esperaba delante de la puerta de un edificio, igual que había esperado en la acera, veinticinco años antes, en invierno, a la hija de Stioppa. Si me hubieran preguntado: «Y todo eso, ¿para qué?», creo que habría contestado sencillamente: «Para intentar resolver los misterios de París.»

Una tarde de finales de aquel mes de agosto, reconocí de lejos su silueta en la parte de arriba del bulevar de Sérurier. No me sorprendió. Basta con un poco de paciencia. Me acordaba de mis libros de cabecera de la época en que nos conocimos: *La eternidad a través de los astros* y *El eterno retorno de lo mismo*... Iba cuesta abajo con una maleta en la mano, pero no era ya la de cuero negro que había llevado yo hasta la estación de La Varenne. Una maleta de hojalata. Reflejaba los rayos del sol. Llegué a su altura a la mitad del bulevar de Sérurier.

Le cogí la maleta. No tuvimos necesidad de hablarnos. Nos habíamos ido a pie de Saint-Maur, del número 35 de la avenida de Le Nord, y habíamos tardado veinte años en llegar al número 76 del bulevar de Sérurier. Me parecía que la maleta pesaba mucho menos. Pesaba tan poco que me pregunté si iría vacía. A medida que pasan los años, sin duda terminamos librándonos de todos los pesos de los que vamos tirando y de todos los remordimientos.

Me fijé en una cicatriz que le cruzaba la frente. Un accidente de coche, me dijo. Uno de esos accidentes que le hacen a uno perder la memoria. Y, sin embargo, me había reconocido. Pero no parecía recordar los acontecimientos del verano de 1965.

Volvía del sur de Francia y me propuso que la acompañase a su casa. Habríamos podido andar por el centro del bulevar aquella tarde porque estaba desierto, igual que las calles de Montmartre en otros tiempos, a la misma hora y en la misma estación del año. Y, para mí, esos dos veranos se confundían.

Entre las páginas de una novela, encontré una hoja de agenda que lleva la fecha del miércoles 20 de abril y la mención «Santa Odette», pero sin el año. La novela se llama *Tempo di Roma* y me parece que la leí a finales de la década de 1960. En aquel momento, debí de usar esa hoja para marcar la página. O, si no, compraría ese libro de segunda mano en los muelles y la hoja estaría ya dentro. Hay en ella un itinerario escrito con una tinta de ese azul que se llamaba «florida»:

Autopista del Sur o Nacional 7
O estación de Lyon
Nemours. Moret
Salir en Nemours
Dejar Nemours a la derecha
Carretera de Sens, durante 10 km
Girar a la derecha
Remauville
Última casa del pueblo, a la derecha, enfrente de la iglesia
Portón verde
525.66.31
432.56.01

En ninguno de los dos números contestaba ya nadie. Siempre que los marcaba, oía voces muy lejanas que lanzaban llamadas o seguían con una conversación de la que no se entendía ni una palabra. Creo que esas voces pertenecían a la misteriosa «red» de personas que, en el pasado, aprovechaban el vacío de las líneas telefónicas dadas de baja para comunicarse entre sí.

La letra irregular, en tinta azul, habría podido ser la mía, pero en ese caso habría anotado el itinerario deprisa y corriendo, según las indicaciones precipitadas de alguien que apenas tuviera tiempo para dármelas o lo habría hecho en voz baja para que nadie se fijase en nosotros.

Llevaba varios meses queriendo salir de dudas, pero descartaba el proyecto de ir. Y además esos lugares tenían que haber cambiado, o desaparecido, o ser inaccesibles si no se consultaban los mapas antiguos del estado mayor.

Hoy ya lo tengo decidido, voy a seguir ese itinerario hasta el final. En estos últimos años, me preguntaba si no lo habría hecho ya en el pasado, porque el nombre «Nemours» me recordaba algo. A lo mejor no había pasado de Nemours. O, si no, un doble mío había llegado hasta la última casa del pueblo y el portón verde. Un doble o un sosias, de esos que salen en *La eternidad a través de los astros*, uno de mis libros de cabecera. Miles y miles de sosias nuestros toman los caminos que nosotros no tomamos en las encrucijadas de nuestra vida, y nosotros, nosotros creímos que solo había uno.

Entre los antiguos mapas de estado mayor que compré hace casi cincuenta años, he encontrado el de las inmediaciones de Nemours. Venían carreteras, caminos, pueblos que no aparecen ya en el mapa Michelin actual de esa misma región. Pero tenía que atenerme al primer mapa si quería llegar a la meta.

Prefería salir a eso de las cinco de la tarde. Estábamos a principios de septiembre y todavía tardaba en anochecer. Para no correr el riesgo de perderme, completé el trayecto que figuraba en la hoja de la agenda consultando el mapa antiguo del estado mayor. Contaba con dar unos cuantos rodeos para conocer mejor el terreno y proceder así a aproximaciones sucesivas.

Nemours. Moret
Pasar por Veneux-les-Sablons (N 6)
Pasado Moret, coger el valle del Orvanne
Cruzar por Lorrez-le-Boccage (C 218)
Villecerf (C 218)
Dormelles
Volver luego hacia Nemours
Dejar Nemours a la derecha
Pasar por Laversanne
Carretera de Sens, durante 10 km
Cortar por Bazoche-sur-le-Betz y la granja Baslins
Regreso por Égreville y Chaintreaux
Remauville
Última casa del pueblo, a la derecha, enfrente de la iglesia
Cuesta de Le Vieux Lavoir hasta el portón verde
Paseo. Castillo de la Bella durmiente del bosque

Mi letra era mucho más firme que la que había en tinta azul en la hoja de la agenda. Según iba detallando el itinerario era como si lo hubiera recorrido ya y no necesitase siquiera consultar el mapa antiguo del estado mayor. Pero ¿era de verdad el camino adecuado? En nuestros recuerdos se mezclan imágenes de carreteras que tomamos y de las que no sabemos ya qué provincias cruzaban.

Título de la edición original:
Souvenirs dormants

Edición en formato digital: junio de 2018

© de la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2018

© Éditions Gallimard, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3959-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Notas

1. «El rastro». Se emplea sobre todo para el rastro que dejan al pasar en sus actividades habituales los animales silvestres. *(N. de la T.)*